

Jean-Paul Didierlaurent

El lector del tren

de las 6.27



Lectulandia

Guibrando Viñol no es ni guapo ni feo, ni gordo ni flaco. Su trabajo consiste en destruir lo que más ama: es el encargado de supervisar la Cosa, la abominable máquina que tritura los libros que ya nadie quiere leer. Al final de la jornada, Guibrando saca de la entrañas del monstruo las pocas páginas que han sobrevivido a la carnicería. Cada mañana, en el tren de las 6.27, se dedica a leerlas en voz alta para deleite de los pasajeros habituales. Un día descubre por casualidad una pieza de literatura atípica que le cambiará la vida.

La amistad une a un grupo de personajes aparentemente anodinos, probables compañeros invisibles de nuestros viajes cotidianos en tren, que esconden mundos extraordinarios donde todo es posible: un vigilante de seguridad que habla en verso, una princesa cuyo palacio es un aseo público, un mutilado que busca sus piernas. En una mezcla insólita de humor negro y dulzura, celebramos con ellos el triunfo de los incomprendidos.

Lectulandia

Jean-Paul Didierlaurent

El lector del tren de las 6.27

ePub r1.0
Titivillus 01.09.15

Título original: *Le Liseur du 6h27*
Jean-Paul Didierlaurent, 2014
Traducción: Adolfo García Ortega

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Sabine,
sin la que este libro no existiría,*

*para mi padre,
quien sigue insuflándome su amor eterno
con su invisible presencia,*

para Colette y su indefectible apoyo

1

Algunos nacen sordos, mudos o ciegos. Otros lanzan su primer vagido ataviados con un feo estrabismo, un labio leporino o un horrible antojo en plena cara. Sigue habiendo quien viene al mundo patizambo, incluso con un miembro ya muerto antes de haber pasado por la vida. Guibrando Viñol había hecho su entrada en la vida con la carga del desafortunado retruécano surgido de la unión entre su apellido y su nombre de pila: Vibrando Guiñol^[1]; un pésimo juego de palabras que había resonado en sus oídos desde sus primeros pasos por la existencia para no abandonarlo nunca más.

Sus padres habían ignorado los nombres del almanaque de ese año 1976 para mantener su elección de ese «Guibrando» venido de ninguna parte, sin pensar un solo instante en las desastrosas consecuencias de su acto. Asombrosamente, y pese a que la curiosidad a menudo fue muy fuerte, él nunca se había atrevido a preguntar el porqué de esa elección. Miedo a ponerlos en un aprieto, quizá. Miedo también, seguramente, a que la banalidad de la respuesta lo decepcionase. A veces se complacía imaginando lo que habría podido ser su vida si se hubiera llamado Lucas, Xavier o Hugo. Incluso un Gildebrando habría hecho sus delicias. Gildebrando Viñol, ese era un verdadero nombre sobre el que habría podido edificarse a sí mismo, con el cuerpo y el espíritu bien parapetados detrás de unas pocas sílabas inofensivas. En vez de eso, había tenido que pasar toda su infancia con el retruécano asesino pegado a él: Vibrando Guiñol. En treinta y seis años de existencia, había acabado por aprender a ser olvidable, a convertirse en invisible para no provocar las risas y las burlas que estallarían sin parar en cuanto la gente cayera en la cuenta. No ser ni guapo ni feo, ni gordo ni flaco. Solo una vaga silueta entrevista en el borde del campo de visión. Fundirse con el paisaje hasta negarse a sí mismo y limitarse a ser un lugar ajeno nunca visitado. Durante todos esos años, Guibrando Viñol se había pasado todo el tiempo renunciando a existir, así de sencillo, salvo aquí, en este andén de estación siniestro que pisaba todas las mañanas de la semana. Cada día, a la misma hora, esperaba su RER^[2] con los dos pies puestos sobre la línea blanca que delimitaba la zona que no debía traspasar si no quería correr el riesgo de caer sobre las vías. Esa línea insignificante trazada en el hormigón poseía para él una extraña cualidad de apaciguamiento. El olor a depósito de cadáveres que siempre flotaba por su cabeza se evaporaba aquí como por arte de magia. Y durante los pocos minutos que faltaban para la llegada del tren, la pisoteaba como si quisiera fundirse con ella, muy consciente de que solo se trataba de una prórroga ilusoria, de que el único medio de huir de la barbarie que lo esperaba más allá, detrás del horizonte, sería abandonar esa línea sobre la que movía los pies estúpidamente y volver a su casa. Sí, le habría bastado solo con renunciar, meterse de nuevo en la cama y acurrucarse en el hueco todavía tibio que su cuerpo había formado durante la noche. Dormir para huir. Pero, al final, el joven se resignaba siempre a permanecer sobre la línea blanca, a escuchar

al pequeño grupo de habituales que se agolpaba detrás de él mientras las miradas se posaban en su nuca como una quemazón que venía a recordarle que todavía estaba vivo. Al cabo de los años, los otros usuarios habían terminado por darle muestras de ese género de respeto indulgente que se dispensa a los pobres chalados. Guibrando era una respiración que, durante los veinte minutos que duraba el viaje, los sacaba por un rato de la monotonía diaria.

2

La unidad del tren se detuvo en el andén chirriando a fondo su frenada. Guibrando se despegó de la línea blanca y trepó al estribo. El estrecho trasportín a la derecha de la puerta lo esperaba. Prefería la dureza de la banqueta abatible naranja a lo mullido de los asientos. Con el tiempo, el trasportín había acabado por formar parte del ritual. El acto de bajar la base de la silla tenía algo de simbólico que le reconfortaba. Mientras el vagón se bamboleaba, sacó una carpeta de la cartera de cuero que siempre llevaba consigo. La entreabrió cuidadosamente y extrajo una primera hoja de entre dos secantes fucsia que había dentro. El papelajo medio desgarrado y recortado en su ángulo superior izquierdo colgaba entre sus dedos. Era la página de un libro, formato 13 × 20. El joven estuvo un rato examinándola antes de volver a ponerla sobre los secantes. Poco a poco, se hizo el silencio en el tren. De vez en cuando algún chsss reprobatorio sonaba para hacer callar las escasas conversaciones que se resistían a extinguirse. Entonces, como cada mañana, después de un último carraspeo, Guibrando se puso a leer en voz alta:

«Paralizado y mudo de estupor, el niño no tenía ojos más que para el animal jadeante que pendía de la puerta del granero. El hombre cogió con su mano la garganta palpitante de vida. La hoja afilada se hundió sin ruido en la pelusa blanca y un géiser cálido brotó de la herida, salpicando la muñeca de gotitas bermellón. El padre, arremangado hasta los codos, cortó la piel con unos pocos gestos precisos. Luego, con sus poderosas manos, lo peló lentamente como si estuviera deslizándose un vulgar calcetín. Apareció entonces en toda su desnudez el cuerpo fino y musculoso del conejo, todavía exhalando el humo de su vida acabada. La cabeza colgaba, fea y demacrada, con los dos ojos saltones fijos en la nada sin la menor sospecha de reproche».

Al mismo tiempo que el día incipiente venía a estrellarse contra los cristales empañados, el texto se escurría por su boca con un largo chorro de sílabas, entrecortado aquí y allá por silencios entre los que se metía el ruido del tren en marcha. Para todos los viajeros presentes en el vagón, él era el lector, ese tipo extraño que, todos los días de la semana, leía con voz alta e inteligible un puñado de páginas que sacaba de su cartera. Se trataba de fragmentos de libros sin ninguna relación unos con otros. Un extracto de receta de cocina podía codearse con la página 48 del último Goncourt, un párrafo de novela policiaca se sucedía a una página de un libro de historia. Poco importaba el contenido para Guibrando. A sus ojos, tan solo el acto de leer cobraba la debida importancia. Despachaba los textos con una idéntica aplicación concienzuda. Y cada vez, la magia surgía. Cuando las palabras dejaban sus labios, se llevaban con ellas un poco del asco que lo atenazaba a medida que se acercaba a la fábrica:

«Finalmente, la hoja del cuchillo abrió la puerta del misterio. Haciendo una larga incisión, el padre vació el abdomen de la bestia, que arrojó unas entrañas humeantes. La ristra de vísceras se escapó, como si estuviera impaciente por abandonar ese tórax en el que se hallaba confinada. No quedó del conejo más que un cuerpecito sanguinolento envuelto en un trapo de cocina. En los días siguientes, apareció un nuevo conejo. Otra bola de piel blanca que brincaba en la cálida conejera, contemplando al niño con esos mismos ojos de color sangre desde el otro lado del reino de los muertos».

Sin levantar la cabeza, Guibrando cogió con cuidado una segunda hoja:

«Instintivamente, los hombres habían hundido sus caras en la tierra, con el deseo salvaje de enterrarse en ella, de enterrarse todavía más profundamente en el seno de esa tierra protectora. Algunos ahondaban en el humus con sus manos desnudas, como perros enloquecidos. Otros, rodando como bolas, ofrecían sus frágiles espinazos a los fragmentos letales que estallaban por todas partes. Se habían apretujado sobre ellos mismos en un reflejo proveniente de la noche de los tiempos. Todos salvo Josef, que había permanecido de pie en medio del caos y que en un gesto increíble se había abrazado al tronco del gran abedul blanco que tenía enfrente. Por las rendijas que rayaban su tronco, el árbol rezumaba una resina espesa, gruesas lágrimas de savia que perlaban la superficie de la corteza antes de evacuarse lentamente. El árbol se vaciaba, al igual que Josef, cuya orina caliente empezó a chorrear a lo largo de sus muslos. A cada nueva explosión, el abedul se estremecía junto a su mejilla, temblaba entre sus brazos».

El joven escrutó de un vistazo la docena de hojas extraídas de su cartera hasta que el RER llegó a la estación. Mientras se desvanecía en su paladar la huella de las últimas palabras pronunciadas, por primera vez desde que había entrado en el tren contempló a los demás viajeros. Como casi siempre, descubrió en sus rostros la decepción, incluso la tristeza. No le llevó más tiempo que lo que dura un suspiro. El vagón se vació rápidamente. A su vez, él también se levantó. El transportín emitió un golpe seco al plegarse sobre sí mismo. Clap de final. Una mujer de mediana edad le susurró un gracias discreto al oído. Guibrando le sonrió. ¿Cómo explicarle que él no hacía eso para ellos? Abandonó con resignación el ambiente tibio del vagón, dejando tras de sí las páginas de ese día. Le gustaba saber que estaban ahí, delicadamente deslizadas entre el asiento y el respaldo del transportín, lejos del estrépito destructor del que habían escapado. Fuera, la lluvia había arreciado con violencia. Como cada vez que se acercaba a la fábrica, la voz ronca del viejo Giuseppe retumbaba en su cabeza. «No estás hecho para esto, chaval. No lo sabes todavía, pero no estás hecho para esto.» Sabía de qué le hablaba el viejo, quien no había encontrado nada mejor

que el clarete para darse el coraje de continuar. Guibrando no solía escucharlo, en la creencia ingenua de que la rutina acabaría por arreglarlo todo. Que invadiría su existencia como una niebla de otoño y le anestesiaría los pensamientos. Pero a pesar de los años, la náusea volvía una y otra vez a asaltar su garganta a la vista del inmenso muro del recinto sucio y decrepito. Al otro lado se escondía la Cosa, bien protegida de las miradas. La Cosa que lo esperaba.

El portón rechinó desagradablemente en sus oídos cuando lo empujó para penetrar en el recinto de la fábrica. El chirrido sacó al guardián de su lectura. A fuerza de hojearla repetidas veces, la reedición de 1936 del *Britannicus* de Racine que tenía en sus manos parecía un pájaro herido. Guibrando se preguntaba si Yvon Grimbert llegaba alguna vez a dejar su garita. El tipo parecía pasar ampliamente de la incomodidad de aquella especie de refugio de tres metros por dos abierto por todas partes, siempre que pudiera tener a su lado la enorme caja de plástico donde estaban colocados sus libros. A sus cincuenta y nueve años, el teatro clásico era el único amor verdadero de su vida y no era raro verlo, entre dos turnos de llegadas, meterse en la piel de un Don Diego o envolverse con la toga de un Pirro imaginario, batiendo con sus grandes brazos el aire de su exiguo garito, robándole tiempo para un encendido monólogo a ese empleo sin gloria por el que se le pagaba una miseria y que consistía en subir o bajar la barrera roja y blanca de la entrada de la fábrica. Siempre de punta en blanco, el hombre se tomaba un cuidado especial en mantener impecable el bigote que adornaba su labio superior con un fino trazo, sin que nunca le faltara la ocasión de citar al gran Cyrano: «¡Cuando el bigote es fino, todas las palabras son finas!». Desde el día en que descubrió el alejandrino, Yvon Grimbert se enamoró de inmediato de él. Servir con fervor y fidelidad al verso de doce pies^[3] se había convertido en su única misión en la Tierra. A Guibrando le gustaba Yvon por esa locura. Por eso y quizá también porque era uno de los pocos que no había sucumbido a la tentación de llamarlo Vibrando Guiñol.

—Buenos días, Yvon.

—Buenos días, chaval.

Al igual que Giuseppe, él tampoco había conseguido llamarlo nunca de otro modo que por ese sustantivo. «El gordo y el gilipollas ya están ahí.» Yvon se los despachaba siempre en ese mismo orden. El gordo antes que el gilipollas. Cuando no hablaba en alejandrinos, el guardián decía frases cortas; no es que fuese avaro con las palabras, sino que prefería reservar su voz para la única cosa que tenía auténtico valor para él: el doce pies. Se alejaba ya Guibrando en dirección a la inmensa nave de chapa cuando Yvon le lanzó en su estela dos versos de su propiedad:

*El chaparrón llega, repentino y misterioso,
y golpea en mi cubil su granizo nervioso.*

La Cosa estaba ahí, maciza y amenazante, plantada en pleno centro de la fábrica. En más de quince años de oficio, Guibrando no había sido capaz de decidirse a llamarla por su verdadero nombre, como si el mero hecho de nombrarla hubiera sido una prueba de su reconocimiento, una especie de aceptación tácita que él no pretendía

en ningún caso. Jamás nombrarla, esa era la última muralla que había llegado a erigir entre ella y él para no venderle su alma definitivamente. La Cosa debería contentarse con su cuerpo y solo con su cuerpo. El nombre grabado directamente en el acero del mastodonte desprendía un tufo a muerte inminente: Zerstor 500, del verbo *zerstören*, que significaba «destruir» en la hermosa lengua de Goethe. La Zerstor Fünf Hundert era una monstruosidad de cerca de once toneladas salida en 1986 de los talleres de la Krafft GmbH, al sur del Ruhr. La primera vez que Guibrando la vio, el color verde grisáceo de su carrocería metálica no lo sorprendió en absoluto. ¿Qué más normal que ese colorido bélico para una máquina cuya única función era aniquilar? A primera vista podría parecer una caseta de herramientas o un gran generador; incluso, ya como colmo del absurdo, una voluminosa rotativa de imprenta. Cualquiera diría que la única pretensión de la Cosa era la fealdad. Pero eso no era más que la punta del iceberg. En medio de la grisura del suelo cementado, las fauces abiertas dibujaban un rectángulo sombrío de cuatro metros por tres que se abocaba al misterio. Allí, al abrigo de las tinieblas, completamente al fondo de un enorme embudo de acero inoxidable, se encontraba la terrible máquina, un mecanismo sin el cual la fábrica no habría sido más que un almacén inútil. Desde una perspectiva técnica, la Zerstor 500 se denominaba científicamente así por los quinientos martillos del grosor de un puño humano dispuestos al tresbolillo sobre los dos cilindros horizontales que cubrían toda la anchura de la fosa. A esto había que añadir las seiscientas cuchillas de acero inoxidable repartidas en tres ejes que giraban a la velocidad de ochocientas veces por minuto. A un lado y al otro de ese infierno, una veintena de tuberías formaba una guardia de honor que de manera constante enviaba agua a ciento veinte grados bajo una presión de trescientos bares. Más allá, los cuatro potentes brazos de la amasadora reposaban en su cofre inoxidable. Finalmente, encerrado en su prisión de hierro, el monstruoso motor diésel de casi mil caballos daba vida a todo el conjunto. La Cosa había nacido para triturar, aplastar, machacar, despachurrar, destrozar, picar, desgarrar, despedazar, amasar, deformar y escaldar. Pero la mejor definición de todas se la había oído al viejo Giuseppe, quien se complacía en vociferarla cuando el mal vino que tragaba cada día no bastaba para extinguir el odio visceral que al cabo de los años había acumulado contra la Zerstor 500: ¡esa genocida!

El ambiente de sala de baile vacía que a esa hora temprana reinaba en la fábrica helaba la sangre. No subsistía ninguna huella de lo que se había llevado a cabo en ese lugar la jornada anterior. Tampoco era posible discernir el menor signo que anticipase el furor y el ruido que iban a desencadenarse entre esas paredes en los minutos venideros. No dejar indicios. Esa era una de las obsesiones de Félix Kowalski. Noche tras noche, el jefe mandaba limpiar el escenario del crimen para que este siguiera siendo perfecto. Un crimen repetido hasta el infinito todos los días del año, salvo fines de semana y días festivos.

Guibrando cruzó la nave con paso arrastrado. Brunner lo esperaba. El joven, con su mono siempre impecable, estaba apoyado indolentemente en el cuadro de mandos de la Cosa. Como era habitual, recibió a Guibrando con los brazos cruzados sobre el pecho y con una extraña sonrisa apenas dibujada en sus labios. Jamás una palabra de bienvenida, jamás un gesto, nada, solo esa sonrisa llena de arrogancia que le lanzaba desde la altura de sus veinticinco años y su metro ochenta y cinco. Brunner se pasaba el tiempo asestando sus verdades a quien quisiera oírlo: los funcionarios eran todos unos gandules de izquierdas, las mujeres solo eran buenas para servir a sus maridos, entendiendo por tal ocuparse de la cocina durante el día y dejarse preñar por las noches, la morisma (término con que designaba a los magrebíes, vomitándolo más que pronunciándolo) no hacía otra cosa que comerse el pan de los franceses. Sin olvidar a los forrados de pasta, los reinsertados con subsidio, los politicastros podridos, los domingueros, los drogadictos, los maricones, los maricones drogadictos, los discapacitados y las prostitutas. El pájaro tenía una opinión para todo, una opinión inamovible que desde hacía mucho tiempo Guibrando no intentaba contradecir. Hubo una época en que empleó la retórica para tratar de explicarle que las cosas no eran tan simples, que entre el blanco y el negro existía toda una paleta de matices, del gris más claro al gris más oscuro. Pero fue en vano. Guibrando terminó por hacerse a la idea de que Brunner era un cazurro irrecuperable. Irrecuperable y peligroso. Lucien Brunner dominaba de maravilla ese arte que consiste en burlarse de uno ante sus propias narices haciendo, encima, una reverencia. De su «señor Viñol» impregnado de condescendencia emanaba un sordo desdén. Brunner era una serpiente de la peor calaña, una cobra dispuesta a morder al menor paso en falso y de la que Guibrando procuraba mantenerse a distancia, fuera del alcance de sus colmillos. Lo peor de todo era que el gilipollas adoraba su curro de verdugo. «Señor Viñol, ¿me permitiría hoy darle al botón de arranque?»

Guibrando se entusiasmó interiormente. No, el señor Viñol no iba a permitirle hoy darle al botón de arranque. Ni mañana ni pasado mañana. ¡El señor Viñol no estaba dispuesto a concederle ese inconmensurable placer que consistía en el solo

acto de poner en marcha esa cabrona unidad de transformación! «No, Brunner. Ya sabe usted muy bien que eso no es posible mientras no tenga el certificado necesario para ello.» Guibrando adoraba esa frase que le soltaba con tono compasivo, pero esperaba con angustia el día en que ese imbécil le restregase por la cara el codiciado permiso. Ese día no tardaría en llegar y entonces no tendría más remedio que ceder. No pasaba una semana sin que Brunner le fuera con el asunto a Kowalski para que el gordo apoyase su solicitud ante la dirección. En cuanto podía, el muy hipócrita se pegaba a él y le soltaba unos «señor Kowalski» por aquí, unos «jefe» por allá, sin perder jamás la ocasión de ir a fisgonear a la oficina para darle coba. Un espulgabuey sobre el lomo de un búfalo. Y al otro todo eso le encantaba. Todo ese teatro halagaba el ego de Kowalski. Mientras tanto, Guibrando se escudaba en el reglamento para sermonear a Brunner, siempre con esa fugaz impresión de estar hostigando a una cobra con la punta de un palo. ¡Sin certificado no se le da al botón!

«Coño, Viñol, ¿qué está esperando para la puesta en marcha? ¿A que escampe?» Kowalski, que lo había divisado desde lo alto de su torre de marfil, había surgido de su oficina para ladrarle con su elevada voz de falsete. Su antro acristalado se hallaba a casi diez metros del suelo, suspendido bajo el techo de la fábrica. Desde allá arriba, Kowalski lo veía todo como un diosecillo pendiente de su reino. A la menor alerta, al más ínfimo traspie, salía al puente a vociferar sus órdenes o a hacer llover sus reprimendas. Y si consideraba que no bastaba con ello, como sucedía ahora, bajaba en tromba los treinta peldaños metálicos, que acogían su quintal de grasa con rechinamientos de protesta.

«¡En el nombre de Dios, Viñol, muévase! Ya hay tres semivolquetes esperando en la calle.» Félix Kowalski no hablaba. Ladraba, gritaba, mugía, injuriaba, rugía, lo que fuera, pero jamás había aprendido a conversar con normalidad. Era superior a él. Jamás empezaba su jornada sin soltar una ráfaga de ladridos contra la primera persona que estuviera al alcance de su voz, como si la maldad que había acumulado durante la noche tuviera que salir por su boca a toda costa antes de que lo ahogara. Esa primera persona solía ser a menudo Guibrando. Brunner, que era gilipollas pero no ciego ni sordo, enseguida había aprendido cómo funcionaba el jefe, y las más de las veces permanecía escondido detrás del cuadro de mandos de la Zerstor. Guibrando aguantaba las broncas del gordo con estoicismo. Como mucho, no duraban más de un minuto. Se metía en su caparazón mientras pasaba el tsunami. Metía la cabeza y esperaba a que Kowalski terminase de remover el aire a base de eructos entre efluvios de sudor agrio. Algunas veces le daban ganas de enfrentarse, de clamar contra la injusticia. Hacer ver a ese barrigudo rencoroso que la aguja grande del reloj colgado encima de la puerta de los vestuarios, el único válido a los ojos de Kowalski, se hallaba aún a más de diez minutos de su verticalidad y por eso no merecía ninguna de sus invectivas infundadas, dado que la hora de comienzo del servicio indicada en su

contrato laboral eran las 7 clavadas y no las 6.50 h. No obstante, había optado por callarse. Era lo mejor: cerrar el pico y dar media vuelta en dirección a los vestuarios sin esperar siquiera a que acabase de vaciar toda esa logorrea maligna que le salía por la boca y que provenía no se sabía de dónde.

Guibrando abrió su taquilla. El letrero con letras blancas estampado en la espalda del mono parecía relucir en la oscuridad. STRN. Las cuatro iniciales de Sociedad de Tratamiento y Reciclaje Natural. Cuando hablaba de ella, Brunner añadía siempre la palabra *Company*. La STRN *Company*. Consideraba que eso le daba más clase. El logotipo representaba la silueta de un bello charrán ártico, un pajarraco que se pasaba la mayor parte del tiempo buscando veranos y que volaba de un tirón durante ocho meses al año, lanzado en una carrera permanente hacia el sol, sin posarse jamás. Brunner, que sabía de ornitología lo mismo que de teología, no veía en ese pájaro más que la silueta de una golondrina. Guibrando, siguiendo su costumbre, tampoco quiso contrariarlo en este tema. Imbuyó sus cincuenta y ocho kilos dentro del mono, cerró la puerta de la taquilla y respiró muy hondo. La Cosa aguardaba su pitanza.

A Guibrando le repugnaba levantar la tapa del cuadro de mandos de la Zerstor 500. Como solía pasar, experimentó la desagradable sensación de sentir cómo la chapa vibraba bajo sus dedos de una manera inexplicable, como si la Cosa, plena de vida, se revolviere de impaciencia ante la idea de empezar su jornada. Cuando eso sucedía, dejaba que los automatismos tomaran la delantera. Se acantonaba en ese papel de operador jefe por el que se le pagaban generosamente 1.840 euros todos los meses, incluida una prima. Enumeraba en voz alta todos los puntos de la *check-list* mientras Brunner los iba comprobando uno por uno, revoloteando de un lado a otro en función de las piezas enunciadas. Antes de quitar el cerrojo de la trampilla que cerraba la base del embudo, Guibrando echó un último vistazo a las fauces abiertas, con el fin de verificar que ningún animal hubiera tenido la mala idea de hacerse el valiente. Las ratas se habían convertido en un auténtico problema. El olor las volvía locas. El embudo las atraía igual que el cono aromático de una planta carnívora atrae a las moscas. No era raro encontrar allí a una más golosa que las demás de su especie atrancando el fondo del agujero. Cuando descubría una, Guibrando corría a buscar la sacadera ubicada en el vestuario y sacaba al bicho del trance en el que se había metido. Las ratas no decían ni mu y salían pitando a escape hacia el fondo de la nave para desaparecer de su vista. No es que a Guibrando le gustaran particularmente los roedores, lo que le motivaba era sobre todo el hecho de privar a la Zerstor de un trozo de carne. Podría asegurar que la máquina estaba ávida de esos cuerpecitos chillones y gesticulantes que trituraba como vulgares aperitivos cuando por casualidad se tropezaba con uno de ellos. Y no menos persuadido estaba de que no dudaría en devorarle las manos hasta las muñecas si se le presentaba la ocasión, ya que, después del accidente de Giuseppe, Guibrando había comprendido muy bien que a la Cosa ya no le satisfacía tan solo la carne de rata.

Una vez hubo cebado la bomba y colocado los interruptores en la posición ON, apretó con el pulgar el botón verde que Brunner soñaba con pulsar algún día. Guibrando contó hasta cinco y luego dejó de presionar. Siempre era necesario contar hasta cinco, ni uno más ni uno menos. Si se quedaba corto, no arrancaba, si se pasaba, se ahogaba todo el mecanismo. Eso sería el infierno. Desde lo alto de su pasarela de capitán experimentado, Kowalski no perdía detalle de sus movimientos. El botón parpadeó unos diez segundos antes de brillar en todo su esplendor. Al principio, no pasó nada. Apenas un estremecimiento del suelo cuando la Cosa lanzó un primer hipido de protesta. El despertar era siempre laborioso. Eructaba, escupía, parecía refunfuñar antes de coger impulso, pero una vez pasado el primer trago de fuel, la Cosa se ponía en marcha. Del suelo ascendió un gruñido sordo seguido

inmediatamente de una primera vibración que asaltó las piernas de Guibrando antes de atravesar por entero todo su cuerpo. Enseguida, la nave se puso a temblar de arriba abajo al ritmo de los golpes bruscos y violentos del potente motor diésel. Los cascos contra el ruido que llevaba bien apretados a sus orejas se esforzaban en filtrar el estrépito infernal desencadenado. Más abajo, en el vientre de la Zerstor, los martillos se activaron y entrechocaron, hierro contra hierro, con un ruido de fin del mundo. Más lejos, las cuchillas se agitaron con frenesí, con todas sus hojas centelleando en las tenebrosas profundidades. Un silbido estridente se elevó por el agujero cuando el agua brotó de las toberas, seguido casi al instante de una columna de vapor que llegó a acariciar el techo de la fábrica. La fosa exhalaba tufos de papel enmohecido. La Cosa tenía hambre.

Guibrando hizo una indicación con el brazo al primer camión para que se presentase marcha atrás ante el andén de descarga. El treinta y ocho toneladas maniobró haciendo piafar a todos sus caballos y volcó su contenedor. La avalancha de libros cayó en cascada sobre la platea hormigonada en medio de una nube de polvo gris. Sentado a los mandos de la excavadora, Brunner, que ardía de impaciencia, entró enseguida en acción. Tras el parabrisas sucio de la excavadora, sus ojos brillaban excitados. La enorme pala barrió la montaña de libros para precipitarla en el vacío. El tono acero inoxidable del vertedero desapareció bajo la oleada de volúmenes. Los primeros bocados eran siempre complicados. La Zerstor funcionaba como una ogresa de humores cambiantes. Algunas veces se atascaba, víctima de su propia voracidad. Se empachaba tontamente en plena masticación, con la bocaza a rebosar hasta el borde. Se necesitaba entonces casi una hora para vaciar el embudo, desencajar de los cilindros el elevado número de libros ya prisioneros de los martillos y desatorar uno a uno todos los engranajes antes de reactivar la bomba. Una hora en la que Guibrando tenía que contorsionarse dentro de las fétidas entrañas, sudar a chorros por todo su cuerpo y sufrir las invectivas de un Kowalski que, en momentos como esos, se mostraba más crispado de lo habitual.

Esa mañana la Cosa se había levantado de buen pistón. Dio un bocado y engulló su primera ración de obras sin el menor hipido. Los martillos, encantados de mordisquear algo más que vacío, se lo pasaban en grande. Incluso los lomos más nobles y las encuadernaciones más sólidas se trituraron en pocos segundos. A millares, las obras desaparecieron en el estómago de la Cosa. La lluvia hirviente que escupían sin descanso las toberas de una parte a otra del agujero empujaba hacia el fondo del embudo las pocas hojas voladoras que trataban de escapar de allí. Un poco más lejos, las seiscientas cuchillas tomaron el relevo. Sus láminas afiladas redujeron el resto de las hojas de papel a escuálidas tiras. Las cuatro grandes amasadoras terminaron el trabajo transformando todo eso en una melaza espesa. Ni rastro de los libros que apenas unos minutos antes yacían en el suelo de la nave. No quedaban más

que esas hilachas grises que la Cosa expulsaba por su espalda bajo la forma de gruesos zurullos humeantes, cuya caída en las cubetas emitía horribles ruidos acuosos. Esa tosca pasta de papel servirá algún día no lejano para fabricar otros libros, de los que cierto número acabará de nuevo aquí, entre las mandíbulas de la Zerstor 500. La Cosa era un sinsentido que ingería con una glotonería abyecta su propia mierda. A menudo, a la vista de ese lodo espeso que la máquina cagaba sin interrupción, Guibrando pensaba en una frase que el viejo Giuseppe le había soltado desde el límite de sus tres gramos^[4], apenas unos días antes del drama: «Chaval, no olvides nunca que esto es a la edición lo que el agujero del culo es a la digestión, ni más ni menos».

Al punto, un segundo camión vino a descargar su volquete. La Cosa lanzó un rosario de eructos ácidos por sus fauces muy abiertas, mordiendo el aire con todos sus martillos. Allí, cual últimas sobras de la comida anterior, unas pocas páginas despedazadas y empapadas de agua colgaban oscilantes en mitad de los engranajes como vulgares jirones de piel. Por su parte, Brunner, dando rabiosos acelerones, partió al asalto de la nueva colina de libros con la lengua pegada a la comisura de los labios.

6

La garita del guardián constituía una isla a la que Guibrando venía a encallar con gusto durante la pausa del mediodía. Al revés que Brunner, que era un plasta que no paraba de rajar, Yvon podía estar muchos minutos sin decir ni una palabra, absorto en sus lecturas. Sus silencios eran pletóricos. Guibrando podía zambullirse en ellos como en una bañera de agua tibia. A su lado, su bocadillo perdía un poco ese regusto a cartón piedra que impregnaba todo lo que engullía desde que trabajaba allí. A veces, Yvon le pedía que le diese la réplica. «Un muro —le había explicado la primera vez—. Solo necesito un muro en el que hacer rebotar mis peroratas.» Guibrando se prestaba amablemente al juego, recitando lo mejor que podía unos textos de los que no comprendía gran cosa, cambiando a veces de sexo, como cuando tenía que encarnar a una Andrómaca o a una Berenice, incluso a una Ifigenia, mientras que un Yvon Grimbert en la cumbre de su arte declamaba a voz en grito los Pirro, Tito o cualquier Agamenón de su propia cosecha. El guardián no comía, se contentaba con sus versos de doce pies y nada más, versos que hacía llevaderos con la ayuda de ese té negro al que era muy aficionado y que se bebía por termos enteros a lo largo de toda la jornada.

El camión, emitiendo un gran soplando de ballena exhausta, frenó a escasos centímetros de la barrera bajada. Yvon abandonó a Don Rodrigo y a Jimena solo lo justo para comprobar que la hora de llegadas había pasado antes de sumergirse de nuevo en el tercer acto, escena cuarta. El reglamento estipulaba que, para que los vecinos pudieran descansar, la STRN debía suspender toda actividad entre las 12.00 y las 13.30 horas, norma que incluía también la detención temporal del ir y venir de los camiones encargados de alimentar la Cosa. Todos los conductores lo sabían y a quienes llegaban después de la hora fijada no les quedaba otro remedio que aparcar su remolque en la calle hasta la reanudación de las actividades. Solo algunos escasos temerarios como el de hoy intentaban a veces pasar por alto el reglamento y forzar el acceso. Con todo el poderío de sus treinta y ocho toneladas, el conductor tocó el claxon y vociferó su impaciencia por la ventanilla bajada de la portezuela: «¿Es para hoy o para mañana?». Ante la impasibilidad del guardián, el individuo bajó del tráiler y se acercó a la garita con paso nervioso: «¿Qué pasa, estás sordo o qué?». Sin quitar los ojos del libro abierto que tenía delante, Yvon levantó la mano con la palma abierta, haciéndole ver al otro que su atención, por el momento, estaba ocupada en otra cosa distinta que escuchar el tuteo desdeñoso de un chófer de reparto al borde de la histeria. Guibrando había visto siempre a Yvon aplicar ese principio, consistente en no abandonar jamás una frase en mitad de la lectura, cualquiera que fuese la causa o la razón. «No hay que perder el hilo del Verbo, chaval. Hay que seguirlo hasta que acabe, deslizarse por todo el parlamento hasta que el punto final te libere.»

Tamborileando con los dedos nerviosos en el cristal, el individuo insistió con mayor insolencia: «¿Cuándo vas a decidirte a menear la barrera?».

Un novato, pensó Guibrando. Porque solo un novato podía tomarse la libertad de un tono así con Yvon Grimbert. Este, después de introducir un marcapáginas en su edición del *Cid* de 1953, señaló a Guibrando el cofrecito que estaba en el estante que circundaba la garita. En él, primorosamente conservadas, guardaba las versificaciones que había inventado todos estos años. Con la caja sobre sus rodillas, el guardián pasó revista al repertorio disponible ante la mirada enojada del camionero. Yvon, cuyo bigote se estremecía de contento, extrajo la ficha n.º 24, titulada «Demoras y castigos». Colocándose el nudo de la corbata con mano experta, echó un breve vistazo al texto, a la vez que se impregnaba del papel. Se alisó con la palma de la mano su cabello plateado y se aclaró la voz con un definitivo carraspeo. Entonces, Yvon Grimbert, antiguo alumno de la academia Alphonse Daubin, en Saint-Michel-sur-l'Ognon, promoción de 1970, experto en francés desde 1976, lanzó una primera salva:

*Transcurrido mediodía, mirad el reloj.
¡Una vez en la mitad la aguja grande entró!
Abandonad la arrogancia, envainad el mohín,
dadme apenas un instante y os abriré por fin.*

El estupor que se dibujaba en el rostro del camionero había barrido cualquier rastro de cólera. Su mentón entreverado de una incipiente barba se fue hundiendo a medida que Yvon escandía el cuarteto con su potente voz. Guibrando sonrió. Desde luego el tipo era un novato. Siempre les sucedía esto la primera vez. El alejandrino les pillaba desprevenidos. Las rimas les llovían y asfixiaban seguramente más que una buena tunda de golpes en la boca del estómago. «Enhiesto como una espada —le explicó un día Yvon—, el alejandrino nació para dar de lleno en el objetivo. No para entregarse como vulgar prosa. Hay que soltarlo de pie. Estirar la columna de aire para dar aliento a las palabras. Es necesario desgranar sus sílabas con pasión y brillantez, declamarlo como se hace el amor, a envites de hemistiquios, al ritmo de la cesura. El alejandrino reafirma a un actor. Y no deja sitio a la improvisación. No se puede hacer trampas con un verso de doce pies, chaval.» A sus cincuenta y nueve años, Yvon dominaba como nadie el arte de recitarlos. Exhibiendo su metro ochenta y cinco, el guardián salió de su garita:

*Muchos son los repartidores que mi ira afrontan.
Si queréis verme dulce, venid pues a la hora.
Entregad la carga, dejad ese aire de susto,
borrad el tormento que tal retraso os supuso.*

*Tratad en el futuro de cumplir el horario,
no dejéis que se agote mi aguante legendario.
Que la hora ha pasado, no es ultraje para mí,
lo peor es esta carga que he de recibir.*

*Guardaos para siempre de avivar mi cabreo,
bajo este bello atavío a veces hay un guerrero.
Aunque un servidor os parezca, comprended que hoy
en este sector de vuestros destinos amo soy.*

La inquietud se había apoderado del camionero. De repente, ante sus ojos, Yvon Grimbert había dejado de ser el insignificante guardián de una fábrica para convertirse en el sumo sacerdote todopoderoso de un templo. Bajo el bigote canoso, los labios escarlata se activaban para dar rienda suelta sin el menor temblor a las frases asesinas. El individuo inició un prudente repliegue de puntillas sobre sus botas camperas y regresó a la cabina de su Volvo para protegerse de la avalancha de rimas. Yvon fue detrás de él. De pie sobre el estribo, meneó el habitáculo profiriendo sus rebosantes versos mientras el joven, al borde del pánico, se esforzaba por subir la ventanilla con nerviosos golpes de manivela.

*Si te acorralan, un mastodonte es lo mejor
para ocultar el llanto y aplacar el deshonor.
Si pretendéis callar el lenguaje de las musas,
abandonad ese aire y ¡dadme vuestras excusas!*

Vencido, con la cabeza inclinada sobre el volante a modo de sumisión, el individuo balbuceó una serie de palabras masculladas que parecían lamentos. De camino nuevamente a su guarida acristalada, Yvon lanzó al aire un último cuarteto:

*En un instante voy a levantar esta barrera,
lentamente de nuevo se aplacará mi fiera.
Que la carga se vacíe, que avance el camión,
pero que el muslo de pollo tenga su ocasión.*

Uniendo el gesto a la palabra, Yvon liberó al mastodonte, que resopló dentro de la nube de humo del tubo de escape. Guibrando abandonó por un tiempo a su amigo el versificador para ir a vigilar el buen desarrollo de la descarga. Todavía en estado de *shock*, el conductor vomitó su cargamento, una mitad en el andén y la otra mitad en el aparcamiento. Una vez sellados sus papeles, el tipo se dio la vuelta, inmensamente feliz por ver levantarse la barrera sin tener que padecer los asaltos de un Yvon Grimbert que había regresado de nuevo a su reino de Castilla para acechar la llegada de los moros al lado de su Jimena.

Llegó la hora de la limpieza, tan temida por Guibrando. Ser engullido todo entero por la Cosa para limpiar sus entrañas nunca era algo fácil. Cada tarde necesitaba armarse de valor para descender por la fosa, pero no había más remedio que pagar ese precio para poder cometer su crimen con total impunidad. Desde que Kowalski había colocado cámaras de vigilancia en las cuatro esquinas de la fábrica, Guibrando no podía efectuar extracciones tan fácilmente como antes. El accidente de Giuseppe le había dado al jefe el pretexto para instalar seis cámaras digitales ultramodernas, unos incansables ojos que espiaban todos sus actos y sus gestos a lo largo de la jornada. Era para que un drama como aquel no volviera a repetirse jamás, les había asegurado el gordo con la voz muy entristecida. Una tristeza fingida que nunca había engañado a Guibrando. Tanta exageración por parte de Félix Kowalski no demostraba la menor pizca de sentimiento hacia el viejo Carminetti, a quien consideraba un fardo borracho e improductivo. Había aprovechado aquella ocasión inesperada que le ofreció el accidente de Giuseppe para poner en práctica lo que siempre había soñado con hacer: dominar todo ese pequeño mundo sin tener que menear su trasero del sillón de cuero en el que estaba repantigado de la mañana a la noche. Si por Guibrando fuera, se podían ir a la mierda Kowalski y sus cámaras de vigilancia.

Una vez apagada la Zerstor, se coló hasta el fondo del embudo. En esos momentos le solía venir a la cabeza la imagen de una rata aterrada raspando desesperadamente la superficie inoxidable con sus garras. Sabía que la Cosa, tal como estaba, no podía hacerle daño, dado que el cuadro de mandos se hallaba desconectado, y la toma de carburante, suspendida. Sin embargo, Guibrando no podía impedir estar en ascuas, atento al mínimo atisbo de estremecimiento, presto a escabullirse de las zarpas de la Cosa si a esta de repente le daba por picar algo a sus espaldas. Descerrajó el eje de los cilindros antes de deslizarse entre las dos filas de martillos. Tenía aún que reptar y contorsionarse casi dos metros hasta alcanzar los rodamientos inferiores. Gritó a Brunner que le pasara la aceitera por la trampilla lateral. Su metro ochenta y cinco impedía a esa especie de espárrago larguirucho acceder a la maquinaria. Lo que le enrabetaba a Brunner era no poder subir a bordo del barco y tener que quedarse en el muelle contentándose con tender la llave calibre 32, la aceitera o la manguera. Guibrando encendió su linterna frontal. Allí estaba él, en el vientre de acero todavía caliente, donde se hallaba la cosecha del día. Eran no más de una decena y lo esperaban en el lugar de siempre, el único inaccesible a los chorros de las tuberías, entre la pared inoxidable y el puntal de fijación del último eje erizado de cuchillas. Unas pocas hojas volanderas abatidas por la fuerza del agua contra el tabique chorreante que habían encallado en ese espolón de metal donde se había detenido su fatídico deslizamiento. Giuseppe las llamaba las pieles vivas. «Es

lo único que queda de la masacre, chaval», le recordaba con la voz emocionada. Sin demora, Guibrando entreabrió la cremallera de su mono de trabajo y se metió debajo de la camiseta la decena de páginas desleídas. Después de haber engrasado uno a uno los palieres y limpiado con agua abundante el vientre de la Cosa, salió raudo de su prisión llevando en su seno, bien calentitas, las elegidas de ese día. Como casi siempre, el tío Kowalski se había arrancado del sillón para trasladar su quintal de grasa hasta el borde de su palomar. No podía soportar la idea de que, durante varios minutos, un empleado suyo estuviera fuera del alcance de su mirilla. Por más que parpadeasen todos los pilotos rojos de sus cámaras, nunca sabría con lo que traficaba Viñol en el vientre de su Zerstor. La angelical sonrisa que Guibrando le ponía cada tarde cuando iba camino de la ducha le inquietaba sobremanera.

Guibrando permaneció bajo el chorro de agua caliente durante unos diez minutos. No soportaba más esa mugre en la que estaba inmerso todo el santo día. Necesitaba liberarse a toda costa de esa suciedad, lavar su crimen entre aquellas cuatro paredes amarillentas. Franqueó el portillo que daba a la calle con la sensación de regresar del infierno. Ya en el tren que lo devolvía de nuevo al redil, las sacó a la luz antes de posarlas suavemente sobre los dos secantes con el fin de extraer toda la humedad que aún saturaba sus fibras. Mañana, en ese mismo convoy, esas pieles vivas se extinguirán finalmente después de que él las haya liberado de sus palabras.

En el trayecto de vuelta, sin embargo, Guibrando no leía. No tenía ni fuerzas ni ganas. Tampoco se sentaba en el trasportín anaranjado. Después de depositar las pieles vivas sobre los secantes y colocarlo todo bien ordenado en la cartera, cerraba los ojos y dejaba que poco a poco la vida lo habitara mientras el vagón mecía su cuerpo fatigado. Veinte apacibles minutos en los que, por un lado, la vida afloraba a la superficie, y por otro, el balasto que desfilaba bajo el tren extraía de él los malos humores del día.

Al salir de la estación, Guibrando subió casi un kilómetro por la avenida antes de meterse en el dédalo de calles peatonales del centro. Vivía en el número 48 de la alameda des Charmilles, en el tercero y último piso de un inmueble vetusto. Incrustado en un rincón bajo los tejados, el estudio era de una comodidad espartana. Cocina americana de otros tiempos, cuarto de baño liliputiense, linóleo desgastado. Cuando llovía como hoy, el ventanuco del tejado dejaba pasar el agua con la ayuda del viento. En verano, las tejas absorbían los rayos del sol a lo largo de todo su barro cocido y transformaban los treinta y seis metros cuadrados en un horno. Sin embargo, cada noche, el joven regresaba a su cubil con un idéntico alivio, lejos de los Brunner y los Kowalski de este mundo. Antes de quitarse la chaqueta, Guibrando fue a espolvorear una pizca de comida sobre *Rouget de Lisle*, el pez rojo con el que compartía su existencia y cuya pecera ocupaba un lugar destacado en la mesa. «Perdona que hoy me haya retrasado un poco, pero el de las 18.48 de esta tarde se ha convertido en el de las 19.02. Estoy hecho polvo. No sabes lo feliz que eres, amigo. Pagaría lo que fuera por estar en tu lugar.»

Cada vez se sorprendía más de hablarle así a su pez. A Guibrando le gustaba creer que el pececillo rojo, allí, suspendido en el centro de la esfera con todas sus agallas abiertas, escuchaba el relato de su jornada. Tener como confidente a un pez rojo suponía no esperar de él otra cosa que esa escucha pasiva y silenciosa, por mucho que a veces creyera descubrir en la hilera de burbujas que salía por su boca un amago de respuesta a sus preguntas. *Rouget de Lisle* lo recibió dando una vuelta de honor antes de sorber las escamas de alimento que flotaban por la superficie del agua. Los pilotos del teléfono estaban parpadeando. Como ya se esperaba, la voz de Giuseppe explotó en el altavoz cuando pulsó el botón del contestador: «¡Chaval!». El tono exaltado con que el viejo había pronunciado esa palabra barrió de un plumazo la vergüenza que invadía a Guibrando cuando, como ahora, trataba de evitar a su viejo amigo. Después de un largo silencio en el que se notaba la respiración de un Giuseppe al borde del síncope, la voz reaparecía, quebrada por la emoción: «Albert acaba de llamar. ¡Tenemos otro! Llámame en cuanto llegues». La exhortación no daba lugar a ninguna escapatoria. Giuseppe descolgó al primer tono. Guibrando sonrió. El viejo estaba

esperando su llamada. Se lo imaginó arrebujaado en su eterna manta de viaje verde almendra de la que nunca se separaba, con el teléfono encima de lo que quedaba de sus piernas y la mano crispada sobre el auricular.

—¿Cuánto hace ya, Giuseppe?

—*Sette cento cinquantanove!*

Su lengua materna salía a la superficie cada vez que una gran cólera o una inmensa alegría, como ahora, lo desbordaba. Setecientos cincuenta y nueve. Guibrando se preguntó por dónde llegarían ya. ¿Por encima de los tobillos? ¿A mitad de la pantorrilla?

—Me refería a cuánto tiempo desde la última vez —mintió el joven, que se acordaba perfectamente de la fecha marcada en rojo sobre el calendario de pared colgado a la derecha del frigorífico.

—Tres meses y diecisiete días. Fue el pasado 22 de noviembre. La llamada es porque uno de sus contactos que currela en el vertedero de Livry-Gargan ha encontrado un ejemplar. Sobresalía por encima del montón del remolque de papeles viejos. Le llamó la atención el color. Ha dicho que hice bien en tomar una foto del ejemplar para distribuirla entre los chicos. Gracias a eso lo ha reconocido. Por el color. Es irrepitible, ha dicho. Exactamente el mismo que el de los antiguos misales de cuando era monaguillo. ¡Joder, te das cuenta! Y encima, según él, está en excelente estado de conservación, salvo por una ligera aureola grasienta en el ángulo superior derecho de la cuarta de cubierta.

Guibrando se felicitó una vez más por haber elegido a ese librero de lance como cómplice para llevar a cabo su superchería, aunque se temía que un día el gran Albert del paseo de la Tournelle y su legendaria guasa levantarán sospechas en el viejo a fuerza de dar demasiados detalles. «Recordar poner una mancha de grasa en la contra del libro», apuntó mentalmente Guibrando.

—Mañana, Giuseppe, iré a buscarlo mañana, te lo prometo. Ahora estoy hecho polvo y además es un poco tarde para coger el último RER. Mañana es sábado y dispondré de todo el tiempo.

—De acuerdo, chaval, mañana. De todas formas, Albert lo tiene cuidadosamente guardado a buen recaudo. Te espera.

Guibrando picoteó de mala gana de un plato de arroz. Mentir, siempre mentir. El joven se durmió mirando cómo *Rouget de Lisle* terminaba su digestión. En la tele, un periodista hablaba de una revolución en un país lejano y de un pueblo que no acababa de morir.

Una negligencia culpable, eso fue todo cuanto concluyó la investigación llevada a cabo por la STRN menos de tres semanas después del accidente. Ni más ni menos que esta concisa sentencia sin apelación. Guibrando se sabía la frase de memoria a fuerza de darle mil vueltas: «El lamentable accidente del que ha sido víctima el señor Carminetti, operador jefe desde hace veintiocho años en la Sociedad de Tratamiento y Reciclaje Natural, se ha debido a la negligencia culpable del susodicho operador, en quien, por otra parte, se ha detectado una tasa de alcoholemia de más de dos gramos por litro de sangre en el momento de los hechos». El alcohol, eso fue lo que había perdido a Giuseppe, a Guibrando no le cabía la menor duda. Los abogados y especialistas enviados por la STRN no tuvieron que buscar mucho para averiguar la verdadera causa de todo aquel follón. Tuvo suerte de que esos buitres no le facturaran el mono hecho jirones ni los tres cuartos de hora que estuvo parada la Zerstor. Tres insignificantes cuartos de hora, ni un minuto más, justo el tiempo que necesitaron los bomberos para liberar a un Giuseppe que aullaba de dolor y gesticulaba como un condenado desde el fondo de la fosa, en medio de unos libros que se estaban bebiendo su sangre, una vez que el espíritu de sus páginas había sido aspirado por los dos pozos de sufrimiento que habían ocupado el lugar de sus piernas. Acababa de reemplazar uno de los tubos laterales y se disponía a salir del embudo cuando la Cosa le había devorado los miembros inferiores hasta medio muslo. No habían cerrado todavía las portezuelas de la ambulancia cuando el propio Kowalski reactivaba el cacharro mientras Guibrando vomitaba hasta los higadillos, sujetando con las dos manos la taza del váter. El muy cabrón había vuelto a arrancar la máquina cuando los gritos de Giuseppe aún resonaban por toda la nave. Guibrando jamás le perdonaría al gordo ese gesto. Una entrega a medias, ese era el único objetivo para terminar a toda costa lo que estaba empezado, que era lo de siempre: la conversión en pasta de papel del contenido de un volquete de treinta y ocho toneladas. Allí, en las entrañas de la Zerstor, todo había acabado por mezclarse en una papilla informe, incluido lo que quedaba de las cachas del operador jefe Carminetti.

El alcohol no lo explicaba todo. Guibrando había creído a Giuseppe cuando este le juró que había tomado las medidas de seguridad habituales y que, aunque por supuesto también ese día había empujado el codo con su dosis de vino peleón, como hacía a diario Dios mediante, nunca habría descendido hasta la fosa sin haber tomado antes esas puñeteras medidas. El joven conocía bien a Giuseppe y la desconfianza que siempre había tenido hacia la Cosa. «¡No te fíes de ella, chaval! ¡Es una viciosa y cualquier día podría hacer con nosotros lo que hace con las ratas!», no dejaba de repetir. También él se había dado cuenta de eso. En realidad, nunca habían charlado entre ellos de aquel asunto de las ratas. No era fácil evocar cosas que escapaban a la

razón. Cada uno sabía que el otro sabía y bastaba con eso. Solo una vez Giuseppe le había dicho algo a Kowalski. Fue mucho tiempo antes del drama. A raíz de haber descubierto una mañana una enésima víctima, Giuseppe fue en busca del gordo para hacerle partícipe de sus inquietudes, pero no obtuvo resultados. El jefe pasó olímpicamente de él como bien sabía hacerlo y lo mandó a paseo con su acostumbrada amabilidad, supuso Guibrando. Giuseppe había salido de la oficina blanco como una sábana y con el rostro muy serio. Guibrando no dijo nada. Todavía hoy lo lamentaba. Tal vez si él hubiera dado la cara en aquel momento, habrían intentado explicar la presencia, a primera hora de la mañana, de ratas despedazadas en la bandeja pegada al culo de la Zerstor 500, cuando no había habido ninguna la víspera por la tarde. Guibrando había hecho su propia investigación, había dado vueltas a todas las pistas posibles, eliminándolas una por una hasta que solo quedó la más inaceptable de todas, la más improbable y sin embargo la única que resultó válida, a saber, que la Cosa tal vez fuera algo más que una simple máquina y que por eso en ocasiones se ponía en marcha sola, en mitad de la noche, cada vez que uno de esos puñeteros roedores caminaba con sus pasitos trotones por el fondo del gazzate.

Un año después del accidente y a continuación de una serie de problemas derivados de ciertos apagones, una revisión completa del cuadro de mandos de la Zerstor había revelado un fallo a la altura de la palanca cortacircuitos. Un interruptor defectuoso no hacía bien su curro y dejaba pasar la corriente de manera caprichosa, incluso cuando la palanca estaba en OFF. A partir de entonces, todas las medidas de seguridad fueron reforzadas y hasta redobladas, con el fin de que un drama como el sucedido no volviera a repetirse. Además, la dirección había convenido que, quizá, el llamado Carminetti, exoperador jefe de la Zerstor 500, había sido víctima de un lamentable incidente al ser arrastrado por la repentina reanudación de la actividad cuando desafortunadamente se encontraba todavía en la fosa. Gracias a ello, Giuseppe, que se había hecho a la idea de tener que contentarse con el subsidio mínimo para sobrevivir, fue indemnizado con el montante de ciento setenta y seis mil euros por el perjuicio padecido. «¡Ochenta y ocho mil euros por cada pata!», le había anunciado Giuseppe por teléfono, con la voz anegada en lágrimas. Más que el dinero, lo que aquel día hizo verdaderamente feliz a Giuseppe fue sobre todo el hecho de que hubieran acabado por tener en cuenta, aunque fuera poco, su palabra de borracho, pensó Guibrando. Siempre se había preguntado qué método de cálculo habrían empleado los expertos para decidir lo que vale una muerte, un traumatismo o un miembro, como en el caso de Giuseppe. ¿Por qué ochenta y ocho mil y no ochenta y siete u ochenta y nueve? ¿Lo calculaban según la longitud de la pierna, de su peso, del uso que le daba la víctima? Ni Giuseppe ni él eran un par de ingenuos. Sabían muy bien que la conclusión a la que se había llegado no explicaba en absoluto el problema de las ratas, que se precisaba algo más que un interruptor defectuoso para

justificar la puesta en marcha del motor diésel en plena noche. Guibrando no había vuelto a hablar con Giuseppe del asunto, pero seguía encontrando ratas con regularidad, o más bien lo que quedaba de ellas. Se formaban una especie de flores gordas de un color rojo oscuro en el fondo de las bandejas, a veces con un minúsculo ojo negro en el centro que brillaba como una gotita de tinta.

Fueron necesarios casi tres meses para que Giuseppe admitiera la idea de que no le iban a crecer otras piernas. Tres meses para aceptar definitivamente aquellos espantosos muñones rosáceos, dos hinchazones de carne que recordaban las ramas nudosas de los tilos viejos. Para los matasanos estaba bien, incluso muy bien, en comparación con tantos otros que no lo aceptaban jamás. Viéndole moverse en su flamante silla de ruedas nueva por el centro de rehabilitación funcional, hasta el mismo Guibrando se había creído que el viejo había hecho ya el duelo por sus dos piernas. «¡Una Butterfly 750, chaval! ¡Ni doce kilos! ¿Te das cuenta? ¿Y has visto qué color? Púrpura, se llama. La he escogido solo por el nombre: púrpura. ¿Qué te parece?» Guibrando no pudo evitar una sonrisa. Al escucharlo, casi daban ganas de ir corriendo a que la primera Zerstor que hubiera a mano le devorase a uno *illico presto* las dos zancas, con tal de darse el gustazo de conducir una silla para parálíticos como esa. Y además Giuseppe había empezado a decir frases preocupantes: «Todo irá mejor cuando vuelva a tenerlas, ya lo verás, chaval», no paraba de repetirle con mirada esperanzada cada vez que iba a visitarlo. Al principio, Guibrando creyó que quizá la Cosa había devorado algo más que sus piernas y que había arramblado de paso con algunas parcelas de su razón. Frases así no podían achacarse al alcohol, ya que el viejo había pasado a un brusco régimen de abstinencia. Alejarse de la fábrica le había segado de golpe las ganas de beber. Guibrando le había preguntado qué entendía él exactamente por «cuando vuelva a tenerlas» y a qué se refería con eso de «tenerlas», porque estaba seguro de que algo barruntaba al respecto. Entonces Giuseppe se había cerrado como una ostra, prometiéndole que se lo contaría el día que fuese oportuno. Unas semanas más tarde, Guibrando recordaría para siempre la felicidad que irradiaba el rostro de su amigo cuando este le abrió la puerta sosteniendo en sus manos el precioso libro. Giuseppe le tendió solemnemente aquella obra antes de hacer las presentaciones con la voz quebrada por la emoción: «*Jardines y huertos de antaño*, de Jean-Eude Freyssinet, ISBN 3-365427-8254, salido de las rotativas de la imprenta Ducasse Dalambert de Pantin el 24 de mayo de 2002, con una tirada de mil trescientos ejemplares en papel reciclado de 90 gramos, resma AF87452 fabricada con los lotes referenciados por los números 67.455 y 67.456, producidos por la Sociedad de Tratamiento y Reciclaje Natural el día 16 de abril de 2002».

Guibrando había cogido el libro y lo inspeccionaba sin comprender. La cubierta verde estiércol no incitaba a la lectura. Lo había hojeado sin convicción. En el interior se hablaba de técnicas de jardinería. Siembra, binazón, desherbado y demás sutilezas hortícolas para jardineros de fin de semana. «¿Has descubierto tu lado verde y vas a plantar legumbres en el apartamento?»

Ante aquella cara de pánfilo asombrado, Giuseppe se revolvió de júbilo en su silla de ruedas. Solo entonces las palabras pronunciadas por el viejo se abrieron paso hasta su entendimiento. ¡El 16 de abril, el mismo día en que sus piernas fueron arrancadas en el vientre de la Zerstor! Hueso y carne triturados, machacados, escaldados, dispersados en millones de células que se habían vuelto a reunir íntimamente, mezcladas en el magma gris que la Cosa había defecado en la bandeja aquel maldito día abrialeño de 2002, iniciando entonces un largo viaje hasta recalar en este insignificante volumen y en los otros mil doscientos noventa y nueve, fabricados con esa carne de papel, única en su género. Guibrando se quedó estupefacto. ¡El viejo había encontrado sus piernas!

Al contrario de lo que le había prometido a Giuseppe, Guibrando no fue a París ese sábado para encontrarse con el gran Albert. Por otra parte, nunca había tenido la intención de hacerlo. No se movió de su casa. Solo lo justo para dar un salto hasta la tienda de animales situada a dos manzanas y traerle a *Rouget de Lisle* una bolsita de algas secas muy de su gusto. Por la tarde, el joven sacó la pesada maleta que tenía guardada en el armario. Recordó la bendita época en que los ejemplares de *Jardines y huertos de antaño* afluían de los cuatro rincones de Francia. Después de haber saqueado la totalidad de sitios de venta por internet a golpe de tarjeta de crédito y contactado con todas las librerías del país para desvalijarlas del codiciado volumen, Giuseppe tuvo la brillante idea de ir a buscar entre los libreros de segunda mano. De buenas a primeras, el viejo y su silla de ruedas se vieron trotando por la acera y pirueteando de un puesto a otro para contar su historia y explicar cómo él, Giuseppe Carminetti, antiguo operador jefe de la Sociedad de Tratamiento y Reciclaje Natural, exalcohólico y exbípido, haría lo que fuera con tal de recuperar los libros que contenían lo que quedaba de sus piernas. A cada uno les entregaba una tarjeta de visita con el curioso título del libro escrito al dorso. Su conducta les había conmovido. Enseguida cada librero avisó a su respectiva red para sacar a la luz entre todos aquel grial. No pasaba un fin de semana sin que Guibrando se diese una vuelta por los puestos de libros antiguos como un chico de los recados que le llevaba luego a Giuseppe el fruto de su recolección. Había terminado por disfrutar de esos momentos de callejeo, en los que contemplaba los *bateaux-mouches* rebosantes de turistas surcar perezosamente las aguas plateadas del Sena. Era bueno constatar que existía otro mundo aparte de la STRN, un mundo donde los libros tenían derecho a terminar sus días plácidamente ordenados en esos puestos verdes a lo largo del pretil de la orilla, envejeciendo al ritmo del enorme río bajo la protección de las torres de Notre-Dame.

Un año y medio después del inicio de esa enloquecida recolección se había alcanzado el listón de los quinientos ejemplares, y tres años más tarde el de los setecientos. Y a partir de ahí, lo que tenía que suceder sucedió. La fuente acabó por agotarse y el contador se quedó bloqueado en el número setecientos cuarenta y seis. Giuseppe cayó entonces en un profundo estado de abatimiento. Durante todos esos años, aquella búsqueda había sido su principal razón para seguir viviendo. Le daba el coraje de soportar las colonias de hormigas que, noche tras noche, subían al asalto por sus miembros fantasmas, y le animaba a aceptar las miradas compasivas que llovían sobre sus hombros cuando circulaba por las calles a bordo de su Butterfly. Giuseppe había soltado la presa casi de un día para otro. Durante aproximadamente un año, Guibrando luchó con ahínco por mantener a flote la moral del viejo. Iba a visitarlo una o dos veces a la semana. Después de levantar los estores para que

entrarse la luz y de abrir las ventanas para renovar el aire viciado que reinaba en el piso, se sentaba frente a él y tomaba delicadamente las manos de su amigo cual dos pajarillos tibios y moribundos que se dejaban apresar sin rechistar. En ese momento, sin dejar de hablar de todo un poco, llevaba a Giuseppe hasta el cuarto de baño. Allí bañaba y restregaba el cuerpo martirizado de su amigo, afeitaba la rala barba que erizaba las mejillas y el mentón, y peinaba el hirsuto cabello. Luego, al joven le quedaba todavía lavar la vajilla sucia que se pudría en el fregadero y recoger la ropa esparcida por todos los rincones de la casa. Nunca se marchaba sin explicarle a Giuseppe que tenía que aguantar, que aún había esperanza, que el tiempo actuaba sobre los libros como el hielo sobre las piedras enterradas, que tarde o temprano acababan por salir a la superficie. Pero todos sus esfuerzos por sacar al viejo de su estado linfático habían sido inútiles. Solamente nuevas exhumaciones podían reavivar la llama desaparecida de la mirada de Giuseppe. Guibrando no sabría decir cómo tuvo la idea de contactar con Jean-Eude Freyssinet. No dejaba de ser un misterio que hasta entonces ni a él ni a nadie, ni siquiera al viejo, se les hubiera ocurrido localizar directamente al autor de *Jardines y huertos de antaño*. Qué habría costado dar con el número de teléfono del ilustre autor y que, después del quinto tono, la voz trémula de la señora Freyssinet le contase que su Jean-Eude había pasado a mejor vida unos años antes, en plena redacción de su segunda obra, un ensayo sobre las cucurbitáceas y otras dicotiledóneas de Europa central. Guibrando le habría explicado sin rodeos a la viuda que los ejemplares verde estiércol que quedaban por vender y que ella conservaba como recuerdo de su difunto marido conservaban algo más que los restos espirituales de su esposo. Enseguida ella habría calculado que unos pocos ejemplares podrían colmar su felicidad y sin dudarle habría aceptado desprenderse del resto de su colección, más o menos un centenar de flamantes *Jardines y huertos de antaño*. Pero Guibrando era consciente de que hacer pasar otra vez a Giuseppe por todo eso habría sido un grave error. La búsqueda era lo importante. Había que destilar los Freyssinet con parsimonia, a un ritmo de tres o cuatro al año, no más. Lo justo para que la vida centellease en las pupilas del viejo y el cazador que había en él se mantuviera despierto. En los años de vacas gordas, el gran Albert se había erigido como portavoz de los librereros de lance. Era célebre por cómo embaucaba a los turistas, encarcelándolos en su logorrea como moscas en una tela de araña. Así que naturalmente fue a él a quien el joven acudió para llevar a cabo su proyecto. El tejemaneje funcionaba a las mil maravillas. Cuando lo consideraba oportuno, es decir, cuando el viejo daba nuevas señales de abatimiento y empezaba a hundirse en la desesperación, Guibrando daba rienda suelta a Albert. El librero prevenía entonces a Giuseppe para que se apresurase a avisar a Guibrando de que se había hallado un nuevo ejemplar. En tres años, más de una docena de Freyssinet había surgido así, artificialmente, de la nada, sin que el viejo se diera cuenta de la superchería.

Guibrando colocó la maleta sobre la cama y, con la presión de los pulgares, liberó los dos cierres antes de voltear la tapa polvorienta. Contempló sonriendo los *Jardines y huertos de antaño*. Ochenta y cinco, que daban todavía para unos buenos veinte años, pensó él. Cogió el primer ejemplar que tenía a mano. Luego, con la ayuda de una bayeta mojada en aceite, Guibrando se puso a untar el ángulo derecho de la cuarta de cubierta con aplicación.

Giuseppe vivía en la planta baja de un edificio totalmente nuevo, a menos de diez minutos de la casa de Guibrando. El joven no necesitó ni llamar a la puerta. Giuseppe le gritó que entrara desde la cocina, donde había estado pendiente de su llegada con el rostro pegado a la ventana. El lugar olía a limpio. Guibrando se descalzó en el vestíbulo y, siguiendo un ritual inamovible, se puso las antiguas zapatillas del viejo, dos pantuflas huérfanas que siempre parecían contentas de reencontrar unos pies. Las estanterías ocupaban una pared entera del salón. Los setecientos cincuenta y ocho ejemplares de *Jardines y huertos de antaño* de Jean-Eude Freyssinet descansaban allí, prudentemente alineados sobre los estantes de caoba, cubierta tras cubierta, mostrando claramente su lomo verde estiércol. Los bebés de Giuseppe. Era digna de ver la manera que tenía de acariciar su canto con la punta de los dedos cuando pasaba junto a ellos, y el cuidado que ponía en quitarles regularmente el polvo. Eran carne de su carne. Les había dado su sangre y mucho más. Y poco le importaba que hubiera caído sobre la insignificante obra de un Fulano de Mengano y no sobre el correspondiente Goncourt anual. Uno no elige la cabeza de sus hijos. En la parte superior, el hueco doloroso de los estantes vacíos le recordaba a diario esa parte de sí mismo que todavía faltaba por volver al redil. Inquieto y sin poder esperar más, Giuseppe agarró a Guibrando por el brazo: «¿Y bien?». El joven no quiso impacientarlo por más tiempo y puso el ejemplar entre sus manos. Giuseppe dio una y mil vueltas al libro, lo alzó hacia la luz, verificó el ISBN, las fechas y números de impresión, lo hojeó, calculó el gramaje con la punta de los dedos, aspiró su olor y acarició el papel con la palma de la mano. Solo entonces lo estrechó contra su pecho, sonriente. Una vez más, Guibrando asistía fascinado al conmovedor espectáculo de ese rostro torturado que desplegaba una enorme sonrisa radiante. Giuseppe conservaría su Freyssinet junto a él todo el tiempo que duró la visita, calentito sobre la manta de viaje con que cubría lo que le quedaba de sus piernas, sin separarse de él más que para irse a dormir. A veces hacía cosas como esa: coger uno al azar y portarlo consigo todo el día. Guibrando se apoltronó en el sofá mientras Giuseppe fue a hacer alguna tarea en la cocina. El joven sabía que no se iría hasta que no se hubiese bebido su copa de espumoso. Por más que cada vez que venía le insistiera en que no valía la pena, que no era necesario el champán y que, para brindar solo, bastaría con cualquier *vin cuit*^[5], incluso daría lo mismo una cerveza, el viejo se empeñaba en traerle la copa y la media botella de un reserva burbujeante abierta para la ocasión. Lo curioso era que él, que en su antigua vida no había engullido jamás otra cosa que no fuese vino peleón del malo, auténtico matarratas sin etiqueta, ahora solo descorchaba las cosechas de mayor renombre, botellas carísimas que obligaba a beber a Guibrando a toda costa. Giuseppe rodó hasta la mesa baja sin desprenderse en ningún momento de su sonrisa y puso encima la copa y la media botella de Mumm

Cordon Rouge que llevaba consigo. El primer trago de champán heló agradablemente el gaznate de Guibrando antes de ir a cubrir el fondo de su estómago.

«¿Qué has comido a mediodía?» La pregunta le pilló desprevenido. No había comido nada a mediodía. Giuseppe le conocía lo suficientemente bien como para saber que desde que se había levantado no había ingerido más que un puñado de cereales en un bol de té hirviendo. Los ojillos inquisidores del viejo leyeron todo eso en su silencio. «Te he cocinado algo.» El tono perentorio con que había pronunciado la frase no dejaba más alternativa que aceptar la invitación. Cuando Giuseppe cocinaba algo, era toda Italia la que caía de lleno en el plato. A una *anchoiade* servida con su haz de colines rizados, acompañada de un vaso de *prosecco*, siguió una bandeja de *scattoni* de jamón curado rociada con un *Lacryma Christi rosso*. A Giuseppe le gustaba subrayar que embriagarse con las lágrimas de Cristo era lo más hermoso que le podía pasar a un cristiano. A Guibrando le sorprendió poder olvidar por un momento el sabor a cartón hervido que subyacía en sus papilas. El postre, compuesto por un plato de crujientes *amaretti* con almendras y acompañado de un vasito de *limoncello* casero ligeramente escarchado, fue pura delicia. Hablaron de todo un poco, arreglaron el mundo. La Cosa les había unido íntimamente, con un lazo que solo una guerra de trincheras era capaz de unir en soldados que han compartido el mismo cráter de obús. Era ya casi la una de la madrugada cuando Guibrando se despidió de Giuseppe. Los diez minutos de camino a oscuras y el frío glacial que se había abatido sobre la ciudad no bastarían para despejarlo. Apenas si se descalzó y le deseó buenas noches a *Rouget de Lisle* antes de desplomarse totalmente vestido sobre la cama, ebrio de vino y de cansancio.

El teléfono móvil programado para despertarlo a las 5.30 vibraba sobre la mesilla de noche. Bajo la superficie ondulante del agua, *Rouget de Lisle* lo miraba con sus ojos globulosos. Lunes. No había visto pasar el domingo. Levantado demasiado tarde, acostado demasiado pronto. Un día sin. Sin ganas, sin hambre, sin sed, sin un recuerdo siquiera. *Rouget* y él habían pasado su jornada sin saber qué hacer, el pez en su tarro, él en su estudio, esperando tan solo la llegada del lunes que tanto detestaba. Espolvoreó una pizca de comida por la pecera y se obligó a tragar el puñado habitual de cereales vertido en su bol. Se lavó los dientes entre dos tragos de té, se vistió y agarró la cartera de cuero antes de bajar los tres pisos de su edificio. El frío que reinaba fuera acabó de despertarlo por completo.

Mientras descendía por la avenida que llevaba a la estación, Guibrando contó las farolas. Contar era el mejor medio que había hallado para no pensar en nada más. Lo contaba todo, cualquier cosa. Un día eran las bocas de las alcantarillas, otro día, los coches aparcados, los cubos de basura o las puertas de las casas. La alameda no tenía secretos para él. Incluso a veces se le ocurría contar sus propios pasos. Aislarse en esa enumeración inútil le impedía pensar en otras cifras, como las de las toneladas que les vociferaba desde lo alto de su torre de observación el tío Kowalski los días de llegada masiva de libros. A la altura del número 154, como todos los días a la misma hora, el anciano-con-zapatillas-y-pijama-bajo-su-impermeable se esforzaba en hacer mear a su perro, un caniche anémico de pelo ralo. Y como todos los días, el buen viejo, con la mirada clavada en el amor de su vida, trataba de convencer al llamado *Balthus* de que vaciara su vejiga contra el plátano que luchaba por sobrevivir en mitad de la acera. Guibrando siempre era fiel a su cita para saludar al anciano-con-zapatillas-y-pijama-bajo-su-impermeable y alentar a *Balthus* en sus peregrinaciones urinarias con una caricia amigable. Luego contó todavía dieciocho farolas más antes de llegar a la estación.

Parado sobre su línea blanca, Guibrando flotaba en una semisomnolencia cuando sintió que le tiraban de la manga. Se dio la vuelta. Dos abuelitas que literalmente se lo comían con los ojos se habían colocado silenciosamente a su espalda. La permanente de sus cabellos emitía brillos del mismo color que la Butterfly 750 de Giuseppe. Los destellos púrpuras de sus peinados no le eran desconocidos. Ya se había fijado en esas señoras varias veces en el tren. La que estaba más hacia atrás empujaba a la otra dándole en el codo: «Venga, Monique, habla tú».

Monique no se atrevía. Se frotaba las manos sin saber qué hacer con ellas, carraspeaba, decía «Sí, sí», «Está bien», «Para, Josette, o me voy». A Guibrando casi

le dieron ganas de tranquilizar a Monique, de decirle que todo estaba bien, que no iba a pasar nada, que las primeras palabras eran las más difíciles, que luego, por lo general, la cosa iba rodada, que no había motivo para tener miedo. Pero el caso era que no tenía la menor idea de lo que pretendían esas dos valientes señoras, salvo la evidencia de que deseaban hablar con él. Aferrada a su bolso como a un salvavidas, la citada Monique acabó por lanzarse al agua:

—Pues verá, queríamos decirle que nos gusta mucho lo que usted hace.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Guibrando, incrédulo.

—Bueno, eso de leer por las mañanas en el RER y todo eso que hace. Nos parece genial y además nos viene muy bien.

—Gracias, es usted muy amable, pero ya sabe que es poca cosa, apenas unas pocas páginas como las que han visto.

—Pues a propósito de eso, a Josette y a mí nos gustaría pedirle algo, si no le es molestia. Entenderíamos perfectamente que no pudiera, pero nos alegraría mucho que aceptara. Nos haría mucha ilusión y además no le llevaría demasiado tiempo, sería cuando usted quisiera, en función de su disponibilidad, claro. Pero sobre todo no querríamos que esto le perturbara de ninguna manera.

Guibrando empezó a sufrir solo con ver a la denominada Monique invertir tanto tiempo en triturar sus manos.

—Perdóneme, pero ¿qué es lo que entienden ustedes exactamente por «hacer ilusión»?

—¡Ah, sí, claro! Pues que nos gustaría mucho que viniera alguna vez a leernos a casa.

Espiró el final de la frase con un soplido, dejando las últimas palabras apenas audibles. Guibrando no pudo evitar una mirada beatífica hacia esas dos fans octogenarias que lo reclamaban para ellas solas. Emocionado por esta insólita petición, farfulló un inicio de respuesta:

—Esto...

—Sin embargo —le cortó Monique—, ha de saber que los jueves no puede venir porque hay partida de rami, pero cualquier otro día no hay problema. Salvo el domingo, claro, por la familia.

—Aguarden, yo solo leo fragmentos de textos, páginas sueltas que no guardan ninguna relación entre ellas. No hago lectura de libros.

—¡Ya lo sabemos! Eso no nos molesta, al contrario, ¡mucho mejor! Se hace menos monótono y, si el texto no es interesante, al menos sabemos que nunca va a durar más de una página. Pronto hará un año que Josette y yo venimos a escucharlo al RER todos los lunes y los jueves por la mañana. Es un poco temprano para nosotras, pero no pasa nada, eso nos obliga a salir. Y además, como son los días de mercado, matamos dos pájaros de un tiro.

Le conmovían aquellas dos viejecitas enfundadas en sus abrigois beis y tan atentas las dos a sus palabras. Guibrando tuvo el repentino deseo de ceder a su locura, de

exportar sus pieles vivas más allá de ese vagón siniestro en el que se subía a diario. «¿Y dónde viven?» Su pregunta resonó en sus oídos como una aceptación firme y definitiva. Locas de alegría, las dos mujeres se felicitaron mutuamente dando saltitos allí mismo. Mientras la llamada Monique ponía su tarjeta de visita en la mano de Guibrando, la otra le susurraba al oído esta constatación: «Ya te había dicho yo que era muy majo». La cartulina declinaba nombre y dirección en medio de un parterre de flores de colores pastel. Señoritas Monique y Josette Delacôte, 7 bis, callejón de la Butte, 93220 Gagny. Una línea había sido tachada limpiamente con una raya a bolígrafo. Guibrando supuso que Monique y Josette eran hermanas. Callejón de la Butte, en la meseta. A una media hora de su domicilio. «Ya lo hemos hablado entre nosotras y, si usted está de acuerdo, nos haremos cargo del taxi a la ida y a la vuelta. Será más práctico para usted y menos fatigoso.»

Era obvio para Guibrando que las dos hermanas Delacôte habían madurado su proyecto con detenimiento antes de ir a buscarlo.

—Escuchen, hagamos una prueba para ver qué tal, pero no querría en absoluto que lo considerasen un compromiso a largo plazo. Que quede bien claro entre nosotros, quiero ir a hacer un pequeño tanteo, pero también quiero poder dejarlo en cualquier momento.

—¡Sí, ya lo hemos entendido muy bien, Josette y yo! ¿Verdad, Josette? ¿Y qué día podría venir?

¿En qué avispero estaba a punto de meterse? Durante la semana, todas las noches estaba demasiado reventado como para ser capaz de hacer nada.

—Solo estoy libre los sábados. En realidad, los sábados por la mañana a última hora.

—De acuerdo, los sábados, pero mejor hacia las diez y media, porque comemos a las once y media.

Concertaron el sábado siguiente a las diez y media cuando el tren ya entraba en la estación. Sentado sobre su trasportín, Guibrando empezó con su primera piel viva del día, una receta de sopa de legumbres a la antigua usanza que desgranó bajo la mirada encantada de las dos hermanas Delacôte, quienes se habían sentado lo más cerca posible de él con el fin de embeberse mejor de sus palabras.

De lunes a viernes, Guibrando se embrutecía en el trabajo. A medida que se aproximaba el Salón del Libro de París, la oleada de camiones se intensificaba considerablemente. La *rentrée* literaria de septiembre y el fasto periodo de los premios ya habían tenido lugar hacía tiempo. Ahora había que hacer tabla rasa y vaciar los puestos de todos los artículos sin vender. Los recién llegados empujaban a los más antiguos hacia la salida, ayudados en esto por la pala de la excavadora. De la mañana a la noche había que rebajar una y otra vez esa jodida montaña que no dejaba de elevarse sobre el suelo de la fábrica. Las bandejas se llenaban con una cadencia de veinte minutos. Ni siquiera había tiempo de desembragar la Zerstor para proceder al reemplazo de las cubas. «Demasiado tiempo perdido —había ladrado Kowalski al principio de la semana—. Esto nos ralentiza mucho y perdemos volquetes con esas chorradas.» Así que no les cabía otra que chapotear en el barro a cada cambio de bandeja y aguantar sin rechistar los pedos nauseabundos que les tiraba la Cosa en plena jeta cuando se ponían en la parte de atrás. Y en el momento en que sonaba la hora de finalizar el servicio, Guibrando todavía tenía que soportar que Kowalski, desde lo alto de su pasarela, le vociferase con orgullo el arqueo del día. Para el gordo, solo contaba la curva, esa línea roja anodina, con las toneladas en abscisas y los euros en ordenadas, que formaba una especie de desgarrón enorme de color sangre a lo largo de la pantalla de 19 pulgadas que estaba sobre la mesa de su despacho.

El fin de semana llegó como un remanso en el que depositar todo el cansancio acumulado de lunes a viernes. Monique y Josette Delacôte lo esperaban. El taxi enviado un cuarto de hora antes desembocó en lo alto de la alameda y vino a detenerse a sus pies. Guibrando se metió en el habitáculo y anunció su destino al chófer, quien se introdujo con un volantazo autoritario en medio de la densa circulación de ese sábado por la mañana. Menos de diez minutos más tarde, el coche penetraba por un largo paseo engravillado. Al pasar el pórtico, Guibrando tuvo tiempo de leer la inscripción en letras doradas que había sobre una placa reluciente. «Residencia Las Glicinas.» Enseguida le vinieron a la memoria las tres palabras tachadas en la tarjeta de visita de las hermanas Delacôte. A la vista del imponente caserón plantado en medio del jardín, Guibrando no pudo reprimir un hipido de sorpresa. Desde el principio, se había esperado un pequeño hotelito de extrarradio. Cuando el taxi cubría los últimos metros, recordó las frases de la vieja señora. «Comemos a las once y media.» «Los jueves no puede venir porque hay partida de rami.» «Salvo el domingo, claro, por la familia.» La extrañeza de aquellas frases saltó en pedazos ante las numerosas siluetas que se movían en las ventanas. Comprendió al instante que ese «nos» que ella empleaba en cada frase no se limitaba aparentemente tan solo a las dos hermanas. El ruido de la gravilla que había rechinado bajo las

ruedas del taxi decrecía tras de sí a medida que avanzaba con paso titubeante hacia la residencia. Monique, seguida como una sombra por Josette, vino trotando a su encuentro. Estaban maquilladas y emperifolladas como para su primer baile. «Temíamos que hubiera cambiado de opinión en el último momento y que no viniera. Todo el mundo tiene curiosidad por verlo, ya sabe.»

Guibrando se tragó la bola de angustia que lo ahogaba. ¿Qué significaba ese «todo el mundo»? Se imaginó no sin esfuerzo un parterre de cabellos color púrpura. Por unos segundos lamentó no haberse quedado bajo su edredón nórdico mirando a *Rouget de Lisle* jugar con sus burbujas.

—Venga, vamos a presentarlo. Por cierto, ni siquiera sabemos cómo se llama.

—Guibrando. Guibrando Viñol.

—¡Vaya! Guibrando. Qué bonito. Rudamente bonito, incluso, ¿verdad, Josette?, muy bonito.

Guibrando pensó que aunque se hubiera llamado Gérard, Anicet o Houcine, no habría cambiado lo más mínimo el modo como Josette lo estaba devorando con los ojos. Entró en Las Glicinas flanqueado por las dos hermanas cogidas de sus brazos. En el inmenso vestíbulo, media docena de viejos apoltronados unos encima de otros dormitaban sobre un banco. El edificio parecía nuevo. *Impersonal, funcional y aséptico* fueron las tres palabras que se le ocurrieron a Guibrando a medida que descubría el lugar. Los ruidos de los bastones debían de resonar allí como en una cripta, pensó con un estremecimiento. No se presentía nada, ni siquiera la muerte.

—Es por ahí —le susurró Monique arrastrándolo hacia el refectorio—. Por supuesto, tendrá que hablar alto.

La sala estaba abarrotada. En ella se amontonaba una veintena de hombres y mujeres a cual más anciano que lo radiografiaron de la cabeza a los pies nada más entrar por la puerta. Entre ellos se encontraban también los empleados, reconocibles, además de por su juventud, por el rosa de sus batas. Dada la ocasión, habían empujado las mesas contra la pared para despejar el espacio. Guibrando contempló con angustia el sillón ubicado en el centro de la sala; sus brazos parecían llamarlo.

«Les presento al señor Guibrando Giñoles, que nos ha hecho el honor de venir hoy a proporcionarnos un poco de lectura. Les pido que lo acogamos calurosamente.»

Guibrando gratificó a Monique con una sonrisa indulgente por haberle deformado el nombre y saludó a la concurrencia con un lacónico cabeceo. Miss Delacôte *number two* le desveló con un parpadeo la sombra de ojos color salmón nacarado que los recubría y lo invitó con el mentón a tomar asiento en el sillón. Cual autómatas, Guibrando atravesó el espacio a un paso pretendidamente relajado pero a base de roces y tropezones que aumentaron su nerviosismo. Reinaba en la habitación un calor digno de un horno de pizza, menos los olores. El joven se sentó sobre el terciopelo almohadado del sillón Luis-no-sé-cuántos y sacó de su cartera el pequeño manojito de hojas sueltas. Entonces, con todos aquellos ojos fijos abriéndose paso por su naciente o ya instalada catarata, se lanzó a la lectura de su primera piel viva:

«*Ilsa* miraba a la mosca. La perra, fascinada, contemplaba al insecto, que no cesaba de entrar y salir una y otra vez por la gran boca abierta del hombre. Siempre el mismo carrusel. La mosca se elevaba un instante por los aires, con esa curiosa manera de volar que tienen las moscas y que ponía nerviosa a *Ilsa*, torciendo en ángulo recto, como prisionera en un cubo invisible, antes de regresar a su punto de partida. Era una bella mosca de la carne, bien panzuda, con su abdomen de brillos azulados lleno a rebosar de cientos de huevos que harían eclosión nada más ser depositados en el centro de toda esa carne muerta. La perra nunca se había dado cuenta de hasta qué punto podía ser interesante una mosca. Por lo general, se contentaba con cazarlas con un movimiento de cabeza, sin ver en ellas nada más que cositas negras que cruzaban por el aire emitiendo zumbidos. A menudo, sus mandíbulas se cerraban en el vacío. Con el invierno, aquellas desaparecían como por arte de magia, dejando tras de sí unas extrañas momias resecaas puestas sobre el alféizar de las ventanas. En invierno, la perra se olvidaba de las moscas hasta el verano siguiente.

»El insecto se posó en el labio inferior del hombre, trotó de un lado a otro como un soldado haciendo su ronda antes de irse a dar una vuelta por la lengua violácea. La mosca desapareció completamente de la vista de *Ilsa* para penetrar en las profundidades oscuras y húmedas y depositar en ellas una nueva ristra de huevos entre las frías carnes. De vez en cuando, la mosca abandonaba el cadáver para ir a aterrizar sobre el tarro de mermelada que había sobre la mesa. La perra podía ver cómo la trompa minúscula se pegaba a la superficie translúcida de la gelatina de grosellas. El olor a café con leche todavía flotaba en el ambiente, denso y azucarado. El cuenco, al explotar, había dibujado un bonito charco en forma de estrella...».

Un ronroneo sordo le llegó de la tercera fila, donde una valiente dama,

basculando la cabeza hacia atrás y con la boca abierta, parecía esperar a que la mosca viniera a visitarla a ella. El resto de los congregados, inmóvil, aguardaba la continuación en medio de un silencio religioso. Monique, con el pulgar derecho levantado hacia arriba, irradiaba felicidad. Mientras él daba la vuelta a la hoja para leer el reverso, una señora balbuceó una pregunta: «Pero ¿se sabe de qué ha muerto ese señor?». Esta primera intervención resonó como una invitación al debate. Preguntas y suposiciones empezaron a llover por todas partes:

—De un ataque, siempre es de un ataque.

—¿De un ataque de qué? ¿Y por qué tendría que ser de un ataque, a ver, nos lo puedes decir, André? —replicó una señora malencarada.

Guibrando no tenía ni idea de qué le había hecho o dejado de hacer el tal André a esa furia embutida en su bata de boatiné azul celeste, pero cada réplica suya tenía la apariencia de una bofetada.

—Es obvio. Un aneurisma o un infarto. ¡Qué va a ser sino un ataque! —se atropelló el anciano.

—Ya, ya, pero ¿su mujer por qué no pide socorro? —preguntó otra.

—¿Qué mujer? Esa no es su mujer, es su perra. Que se llama *Lisa* —precisó un abuelo tocado con una gorra de visera.

—Pues no es nombre para una perra, ese de *Lisa*.

—¿Y qué? Mira a Germaine, ella le ha puesto a su canario *Roger*, como su difunto.

La tal Germaine se removió, violenta, en su silla.

—Yo creía que era la mosca la que se llamaba *Lisa* —masculló una momia vestida toda ella de negro.

—Por favor, por favor, quizá podríamos dejar que el señor Giñal nos siguiera leyendo, y así eso nos permitiría saber un poco más —intervino Monique con autoridad.

Decididamente, pensó Guibrando, miss Delacôte *number one* tenía todo un arte para desmochar su nombre en cada sílaba. Aprovechando la breve tregua, incrustó su voz en la brecha de silencio que ella había entreabierto y prosiguió la lectura:

«... salpicando las patas de la silla y los calcetines del hombre. Pero detrás de esos efluvios aromáticos que ascendían del suelo, había otro olor mucho más embriagador para *Ilsa*. Era el olor punzante de la sangre. Estaba por todas partes, anclado en cada molécula de aire que respiraba la perra, prisionera como ella en aquel minúsculo espacio cerrado. *Ilsa* no podía escapar de él. Ese olor la volvía loca. El charco bermellón se había agrandado rápidamente por la superficie de formica, recubriendo primero el tarro de mermelada antes de llegar hasta el borde de la mesa, desde donde estuvo goteando sobre el suelo un buen rato. Litros de sangre habían brotado en un bonito géiser escarlata por el minúsculo agujero que había horadado la bala...».

—¡Ves, André, como no era un ataque!

—¡Silencio!

«... en la sien del hombre. Cuando el disparo resonó, *Ilsa* había dado un brinco, con el corazón palpitándole a toda velocidad. No pudo apartar su mirada del cañón humeante del arma caída sobre el parqué. El hombre estaba volcado sobre la mesa, como un saco de arena, con la cabeza vuelta hacia ella y los grandes ojos abiertos. Desde hacía tres días, no habían sido agitados por ningún parpadeo. Una vez más, la perra subió por la estrecha escalera hasta la puerta, una puerta que sus patas habían estado rascando con toda la energía de la desesperación sin otro resultado que raspar el barniz. *Ilsa* respiró ansiosamente el aire tibio que se metía por el agujero de la cerradura. Era un aire saturado de humedad, soso y salado a la vez».

Fin de la hoja n.º 1. Habitualmente, en sus lecturas matutinas en el tren, Guibrando empalmaba enseguida con la página siguiente, pero ahora, ya fuera por el ardor de aquellas miradas o por la densidad del silencio que se había instalado, suspendió su gesto y alzó la cabeza. Todos sin excepción lo miraban fijamente, incluida doña Ronroneo-con-la-cabeza-hacia-atrás, quien había vuelto en sí oportunamente. Tuvo la sensación de que había demasiados interrogantes en suspenso, demasiados enigmas que no tendría más remedio que resolver o, como mínimo, tratar de delimitar.

—Entonces no era un ataque —recalcó la gorda señora rencorosa que parecía especialmente encantada de haber podido pillar a André en un renuncio.

A su izquierda, otra señora levantó el dedo. Monique le dio la palabra con un breve cabeceo:

—¿Es un suicidio?

—En todo caso se le parece mucho. —Se sorprendió a sí mismo confirmándolo con una voz conciliadora.

—No hay duda, lo ha hecho con un revólver 45 —afirmó un gordito de voz cascada.

—Yo más bien diría un 22. Se ha dicho que era un orificio minúsculo —replicó otro.

—¿Y si era una carabina? —balbuceó una anciana contrahecha en una silla de ruedas.

—¡Venga, señora Ramier! ¿Cómo pretende usted que se haya pegado un tiro en la sien con una carabina?

—A no ser que sea un asesinato, pero no lo creo —lanzó un viejecillo con una mímica dubitativa.

—Pero ¿dónde pasa todo esto? —preguntó el ya mencionado André.

—Sí, ¿dónde pasa? ¿Y por qué lo hace ese individuo? —encareció inquieta una abuela.

—Pues yo diría que es en una granja en medio de un bosque.

—¿Y por qué no en un piso de una ciudad? No sería imposible. Todos los años se halla a gente muerta después de varios días, por no decir incluso de varias semanas, que estaba rodeada de vecinos.

—Pues yo digo que pasa en un barco. Un velero o un pequeño yate. El tipo se ha ido mar adentro con su perro antes de saltarse la tapa de los sesos. Se dice ahí, cuando habla de un aire saturado de humedad, soso y salado a la vez.

Monique, que parecía incomodarse por el cariz que tomaban las cosas, se acercó a Guibrando para alentarle a continuar:

—Señor Viñal, estaría muy bien que prosiguiera y pasara a la segunda hoja. El tiempo apremia.

—Tiene usted razón, Monette...

—No, no, yo soy Monique.

Ese truquillo de Monique con los nombres debía de ser contagioso, pensó el joven.

—Perdón, Monique.

Lamentó tener que anunciarles que, aunque todas sus preguntas eran legítimas, se veía obligado a continuar y dejar atrás ese cadáver, con la mosca y la perra dando vueltas a su alrededor, ya fuera en el mar, en el bosque o en pleno distrito XVIII, como les viniera en gana. Una abuelita de la primera fila que se meneaba en su silla desde hacía cinco minutos levantó la mano:

—¿Sí, Gisèle? —preguntó Monique.

—¿Puedo ir al baño?

—Por supuesto, Gisèle.

Guibrando vio cómo media docena de ancianas alzaba el vuelo entre ruido de bastones y arrastramientos de sillas. Todo ese pequeño mundo trotó, rodó y renqueó en dirección al cuarto de baño. Monique le hizo un signo de que la hora pasaba y de que había que atacar otra lectura. Él echó mano al azar de una nueva piel viva entre el montón que había a sus pies:

«Hacía casi diez minutos que la voz de Yvonne Pinchard se derramaba por el oído del sacerdote. A duras penas el pequeño postigo enrejado, detrás del cual estaba el padre Duchaussoy, filtraba el oleaje de palabras susurradas que penetraba a borbotones de sílabas en el confesonario. El tono jermiaco de la buena mujer iba acompañado de arrebatos de arrepentimiento. De vez en cuando, el cura murmuraba un discreto sí de ánimo. Después de varias décadas de sacerdocio, destacaba en este arte que consistía en invitarlos a proseguir sin interrumpirlos jamás. Soplar con suavidad sobre las brasas, reavivar la culpa para que nazca la penitencia. No atravesar en su camino un semblante con un atisbo de perdón, no. Mirar cómo ellos mismos van hasta el límite final y se desploman bajo el peso del remordimiento. A pesar del rápido caudal de su confesión, Yvonne Pinchard tenía todavía cinco buenos minutos

por delante para vaciar su alma. Apoyado en la mampara de separación, el clérigo acogió entre sus manos un enésimo bostezo mientras su estómago emitía borborismos de protesta. El viejo cura tenía hambre. De sus primeros años de sacerdocio había conservado el hábito de cenar frugalmente las tardes de confesiones. Con una ensalada seguida de un poco de fruta de temporada se apañaba. No recargarse más que de razón y dejar sitio para todo lo demás. El peso de los pecados no era una vana entelequia. ¡En absoluto! Dos horas de velada penitencial podían llenarte y atiborrarte el cuerpo de la misma manera que un banquete de comunión. El sifón de un desagüe, eso es lo que era cuando se hallaba confinado con Dios en ese reducto minúsculo. Ni más ni menos que uno de esos gruesos sifones de desagüe en cuyo cubículo de metal se recuperan todas las suciedades de la Tierra. Las personas se arrodillaban, depositaban bajo su nariz sus pequeñas almas sucias de la misma manera como habrían puesto sus zapatos embarrados bajo el chorro de agua de un grifo. Un golpe de absolución y ya está. Se daban la vuelta con el paso ligero de los que se han purificado. Abandonaba él luego la iglesia andando como si le faltara el aire, con la cabeza completamente nauseabunda por ese fango que había penetrado en sus oídos. Ahora, por el desgaste de los años, confesaba sin alegría pero tampoco con tristeza, se daba por satisfecho solo con sumergirse en ese estado medio soporífero que generaba inevitablemente la mullida atmósfera del confesonario».

Sobre la marcha, cogió una tercera hoja antes de la avalancha de preguntas que no tardaría en llegar de un momento a otro si se entretenía demasiado. El reloj colgado encima de la doble puerta marcaba ya las once y cuarto.

«La autoestopista le había dicho que se llamaba Gina. John había tratado inútilmente de atrapar la mirada de la joven oculta detrás de las imponentes gafas de sol. Por enésima...»

—Señor Vañol, creo que la señora Lignon desea preguntarle algo —intervino Monique.

La abuela en cuestión era una alta dama enjuta que estaba de pie, rígida como la justicia, al lado de Monique. Una escultura de Giacometti de carne y hueso, pensó Guibrando.

—Ningún problema, la escucho.

—Venga, Huguette —la animó Delacôte *number one*.

—Verá, señor, he sido institutriz durante casi cuarenta años y siempre he adorado estos ejercicios de lectura en voz alta. Me encantaría poder leer una paginita.

—¡Pero con mucho gusto! Huguette, ¿no? Venga, Huguette, póngase aquí.

Después de que las dos garras que le servían de manos le hubieron arrancado la página de entre los dedos, ella tomó asiento en el sillón. Las gafas metálicas calzadas en equilibrio sobre su nariz le conferían un aire de vieja institutriz jubilada, lo que le quedaba muy bien, según Guibrando, ya que precisamente lo era. Enseguida se hizo

el silencio en la clase. Su voz sonó sorprendentemente clara, con un ligero tremolar debido tan solo a la emoción:

«La autoestopista le había dicho que se llamaba Gina. John había tratado inútilmente de atrapar la mirada de la joven oculta detrás de las imponentes gafas de sol. Por enésima vez desde que ella había subido al coche, Gina cruzó las piernas, unas piernas torneadas que parecían interminables. El roce sedoso de las medias de nylon torturaba a John».

Guibrando se sobresaltó. Sintió un sudor frío al oír la última frase pronunciada por Huguette Lignon. Al instante comprendió que aquello iba a ser motivo de preocupación. Desde que venía recuperando pieles vivas de las entrañas de la Zerstor, nunca se había tomado la molestia de hacer una lectura previa y prefería ofrecer el texto sin conocer de antemano el contenido. Durante todos esos años de práctica, nunca hasta la fecha había dado con un tipo de extracto como el que estaba a punto de espetar Huguette, una Huguette en la gloria que se aplicaba lo mejor que podía en adoptar el tono exacto, pero que no parecía darse cuenta por el momento de hacia dónde se estaba deslizando. Ni tampoco el resto de la concurrencia, pendiente como estaba de sus labios.

«Mientras se esforzaba en mirar hacia la carretera que tenía ante sí, la mujer le pidió fuego. Él no tenía por costumbre dejar fumar a cualquiera en su cabina, pero se sorprendió tendiéndole su mechero. Ella agarró el puño con las dos manos y acercó a la llama el Chesterfield prendido entre sus labios, unos labios carnosos realzados con un toque de *gloss*. Incluyó el busto hacia el cenicero, rozando con su seno izquierdo el bíceps musculado de John, cuyo contacto con ese pecho de deliciosa firmeza lo estremeció.»

¡Por Dios, eso era lo que él se temía! Corrían directos a la catástrofe si no actuaba rápidamente. Tenía que detener aquello antes de que John y Gina se pusieran completamente en bolas y se tumbaran en la litera del camión a manosearse mucosidades. Y al ritmo que iban, se corría un alto riesgo de llegar a ello antes de que acabase la segunda página.

—Huguette, creo que sería preferi...

—¡Calle!

Aquel era un «calle» unánime, silabeado por una asamblea que no se perdía ni pizca del relato y que pretendía demostrarle a Guibrando que cualquier intervención por su parte en ese momento sería muy desafortunada. Quiso atraer la atención de Monique con uno o dos chasquidos de dedos, pero ella estaba completamente hipnotizada por la narración en curso. En cuanto a su hermanita, apoyada contra la pared con los ojos cerrados, con las orejas muy abiertas, se tragaba la voz cada vez más clara y menos temblorosa de Huguette, quien proseguía su camino sin desviarse

ni un ápice.

«Bajo el efecto del deseo intenso que crecía en él, el camionero se sentía más bien un tanto apretado dentro de sus vaqueros ceñidos. Esa mujer era el diablo, un diablo deseable que echaba la cabeza hacia atrás cada vez que expulsaba el humo de su cigarrillo en dirección al techo de la cabina, arqueando los riñones y tensando el pecho hacia delante. Ella se quitó las gafas, dejando ver dos ojos de un azul intenso. Acodada en la portezuela, se volvió de tres cuartos hacia John y entreabrió sus piernas en una pose lasciva. Entonces, no aguantándose más, el hombre detuvo el treinta y ocho toneladas en el arcén de la nacional 66 entre una gran nube de polvo y se lanzó sobre la mujer, que se le ofreció sin ninguna resistencia. A la vez que le arrancaba las bragas de encaje, degustó a boca llena aquellos labios que se abrían a él. Gina metió una mano experta en el pantalón de John, en busca del sexo turgente.»

Un insistente bocinazo devolvió a la realidad a todo ese pequeño mundo. El taxi piafaba con todas sus *warnings* en medio del paseo engravillado. Algunos internos se acercaron a Guibrando para agradecerle calurosamente su visita y lamentaron su brevedad. Había color en sus mejillas y luz en sus miradas. La lectura de Huguette había traído un poco de vida a Las Glicinas. Una señora decidida, con la servilleta ya puesta alrededor del cuello para la comida, preguntaba a quien quería atenderla qué significaba la palabra *turgente*. Guibrando salió, no sin antes haber prometido volver el sábado siguiente. No se había sentido tan vivo desde hacía mucho tiempo.

El pendrive entró en la vida de Guibrando Viñol por el más puro azar. Bien habría podido no verlo o incluso simplemente ignorarlo. También habría podido caer en otras manos, seguir otro destino. El caso era que una fría mañana de marzo, muy temprano, saltó del trasportín justo cuando él bajaba el asiento. Un pequeño objeto de plástico, apenas más grueso que una ficha de dominó, rebotó contra el suelo del vagón antes de detenerse entre sus pies. Lo primero en que pensó fue en un encendedor antes de darse cuenta de que se trataba de un pendrive de memoria USB, un anodino pendrive de memoria USB color granate. Lo recogió del suelo, le dio unas cuantas vueltas entre sus dedos sin saber muy bien qué hacer con él antes de deslizarlo en el bolsillo de su chaqueta. La lectura de pieles vivas que vino a continuación fue un tanto maquinal, ya que su espíritu estaba centrado en ese almacenador de memoria que descansaba en el fondo de su bolsillo. Esta fue la causa de que tampoco prestase atención a las broncas de Kowalski ni a las sonrisas socarronas de Brunner. Ni siquiera las peroratas de Yvon en la pausa del mediodía lograron sacarlo de sus pensamientos. Así que el primer gesto que hizo esa tarde nada más llegar a su casa no fue dar de comer a *Rouget de Lisle*, como era su costumbre, sino abalanzarse sobre su portátil para insertar el pendrive y violar la entrada con un doble clic.

Guibrando contempló con contrariedad la pantalla de diecinueve pulgadas. El pendrive se abrió a un desierto. Perdida en el centro de la inmensidad luminiscente, la única carpeta que contenía llevaba el nombre poco evocador de «Nueva carpeta» y no presagiaba unas perspectivas muy apasionantes. Una ligera pulsación del índice sobre el ratón abrió las puertas a lo desconocido. Eran setenta y dos, setenta y dos archivos de texto sin más apelativos que sus respectivos números. Intrigado, Guibrando situó el cursor encima del primero de ellos e hizo clic nerviosamente.

1.doc

Una vez al año, en el equinoccio de primavera, hago inventario. Porque sí, solo para ver y comprobar que nunca cambia nada. En ese momento del año tan particular en que la noche y el día se reparten el tiempo a partes iguales, hago inventario con la descabellada idea, anidada en lo más recóndito de la cabeza, de que quizá, sí, quizá algún día pueda cambiar algo a priori tan inmutable como el número de azulejos que alicatan mis dominios de arriba abajo. Es tan inútil e idiota como creer en la existencia del príncipe azul, pero hay en mí una parcela de niña pequeña que se resiste a morir y que, una vez al año, quiere creer en los milagros. Me sé de memoria mis azulejos. A pesar del ataque diario de la esponja y los detergentes, muchos brillan como el primer día y han sabido conservar intacta esa

vidriosidad ligeramente lechosa que recubre su terracota. A decir verdad, me interesan poco. Su elevado número ha hecho de su perfección una banalidad sin atractivo. Mi atención está más bien dirigida a los cojos, a los resquebrajados, a los amarillentos, a los mellados, a todos los que el tiempo ha estropeado y que dan al lugar, además de ese aspecto anticuado que ha acabado por gustarme, un toque de imperfección que, por extraño que pudiera parecer, me tranquiliza. «Es en las cicatrices de los gueules cassées^[6] donde se pueden leer las guerras, Julie, no en las fotos de los generales envarados en sus uniformes almidonados y repulidos», me dijo un día mi tía mientras las dos sacábamos brillo a las baldosas a golpe de gamuza para devolverles su lustre de antaño. A veces me digo que la sensatez de mi tía merecería ser enseñada en la facultad. Mis gueules cassées particulares dan testimonio de que aquí como en todas partes no existe la inmortalidad. Entre todo este pequeño universo de baldosas deterioradas, tengo mis preferidas, como una que está encima a la izquierda del tercer grifo y cuya ausencia de brillo dibuja una estrella de cinco puntas, o como otra a la que nunca se le ha ido el brillo pero cuyo aspecto extrañamente apagado contrasta con la pureza rutilante de sus congéneres de la pared norte.

Por tanto, esta mañana, en las primeras horas de la primavera, he recorrido mis dominios embaldosados, papel y bolígrafo en mano, con el fin de proceder al gran conteo anual de mis azulejos. Mi ir y venir obedece a una lógica totalmente cartesiana que consiste en ir de lo más fácil a lo más difícil, de lo más visible a lo menos accesible. Asimismo, el inventario siempre comienza por las dos grandes paredes que van de una parte a otra de la escalera que lleva a mis dominios. Siguen los lienzos norte y oeste, en cuyo ángulo se encuentra la mesita que me hace las veces de escritorio. Sin omitir el paso de tener que abrir los dos batientes del cuchitril para catalogar algunos azulejos que recubren por dentro los tabiques, unos azulejos inmersos en las tinieblas de la mañana a la noche en medio de las escobas, los cubos, las botellas de detergente y las bayetas. De vez en cuando tengo que suspender el recuento para anotar en la libreta de espiral el resultado de mi relación. Con el hombro entreabro la ancha puerta batiente que da al sector de señoras. Allí, barro con una mirada aguzada el perímetro de los espejos, la superficie de los secadores y los bajos de los lavabos. Después de haber inspeccionado uno a uno los ocho habitáculos, registrando con los ojos los rincones oscuros con el fin de sacar a la luz las baldosas más empotradas, salgo para proceder a hacer lo mismo con el sector de caballeros, ámbito completamente idéntico al del otro sexo salvo que la pared del fondo se adorna con seis urinarios.

Sentada delante de la mesa, he sacado del cajón la calculadora y he marcado febrilmente una a una las cifras que tenía apuntadas en el cuaderno. Como todos los años, mi corazón se ha puesto a latir un poco más rápido en el instante en que mi dedo apretaba la tecla EXE para obtener el total. Y por supuesto, como todos los años, el mismo número desesperante ha invadido la pantalla. 14.717. Sueño siempre

con un número más cálido, más redondeado, más agradable al ojo. Un número con algunos ceros ventrudos en su seno, incluso serían deseables algunos ochos, algunos seises o nueves panzudos. Un bonito tres, generoso como el pecho de una nodriza, bastaría para colmarme de felicidad. 14.717, un número así es huesudo. Te está mostrando su delgadez sin rodeos, hace daño a la retina de lo anguloso que es. Hagas lo que hagas, en cuanto lo pones en el papel parece siempre una serie de líneas rectas quebradas. Con que hubiera un solo azulejo de más o de menos, ese antipático número se revestiría de un atisbo de afable redondez. He vuelto a guardar la calculadora en su estuche con un suspiro. 14.717. Una vez más he de contentarme con este número tan feo para los próximos doce meses.

Por tres veces, pese a todo el cansancio del día que inyectaba sus ojos, Guibrando releyó el texto. Y cada una de las veces caminaba al lado de esa mujer con la misma fascinación. Después de haberse preparado minuciosamente un té bien negro, lo imprimió todo y se metió bajo su edredón nórdico antes de empezar la lectura del segundo documento. Hasta la mitad de la noche estuvo leyendo Guibrando cada uno de los setenta y dos textos con una jubilosa voracidad. Al terminar la última página, se hundió en el sueño, poseído por esa Julie y su pequeño universo embaldosado que acababan de aparecer en su vida.

A la mañana siguiente, Guibrando no contó mientras bajaba por la avenida. Nada, ni sus pasos, ni los plátanos, ni los coches aparcados. Por primera vez, no sintió la necesidad de hacerlo. En la luz del día que despuntaba, el grafiti de la persiana de la librería La Concorde le pareció más colorido que de costumbre. La cartera de cuero pesaba agradablemente en el extremo de su brazo derecho, balanceándose al ritmo de su marcha. Más allá, pasó por delante de las bocanadas de grasa caliente que vomitaba constantemente el respiradero de la carnicería Meyer e hijo sin que lo sumieran en el asco. Por todos lados no había más que brillos y reflejos. El breve chaparrón de medianoche había embellecido todas las cosas con el barniz de la lluvia. A la altura del 154, no se olvidó de saludar al anciano-con-zapatillas-y-pijama-bajo-su-impermeable. El viejo sonreía de contento al ver a *Balthus* regar con un largo y recio chorro los pies de su árbol. Guibrando trepó por el tramo de escalones que llevaban al andén y llegó a su línea. Esta se estiraba en medio de la monotonía gris, más blanca que nunca. El tren de las 6.21 entró en la estación a las 6.21 exactas. El trasportín se abrió sin gemido alguno cuando bajó el asiento. Sacó la carpeta de la cartera colocada entre sus pies. Aunque el procedimiento no difería en nada del de los otros días, a los más sutiles observadores les pareció que los gestos del joven eran menos mecánicos que de costumbre. El malestar que fijaba habitualmente sus rasgos en una máscara triste había desaparecido. Esos mismos observadores pudieron notar también que los secantes y las trizas de papel habían sido sustituidos por hojas normales formato A4. Sin esperar siquiera la salida del tren, Guibrando leyó el primer texto con voz pausada:

«8.doc

»Me gusta llegar temprano al centro comercial. Introducir la llave en la cerradura de la pequeña puerta lateral que hay al fondo del aparcamiento. Esa insignificante puerta de acero toda llena de pintadas de arriba abajo es por donde me toca entrar. Acompañada solo por el taconeo de mis pasos, que resuena en las verjas metálicas de las tiendas, subo por el gran pasillo central en dirección a mis dominios. Toda mi vida recordaré la frase que me dijo mi tía cuando, con ocho años recién cumplidos, trotaba a su lado por primera vez por esta misma arteria para acompañarla a su trabajo. “¡Julie, tú eres la princesa, la princesa del palacio!” La princesa ha envejecido, pero el reino apenas si ha cambiado. Un reino de más de cien mil metros cuadrados completamente desierto que espera a sus súbditos. Al pasar saludo a los dos forzudos encargados de la seguridad durante la noche y que terminan su última ronda antes de volver a su cubil. A menudo se largan dirigiéndome algún saludo amable. Cuando pasan, suelo acariciar durante un rato la cabeza del beauceron con bozal que va con ellos. Un falso duro, me confesó un día Nourredine, el amo del perro. Me gusta ese momento preciso en que el planeta parece suspender su curso y tomarse un tiempo en

pasar de la oscuridad de la noche que acaba a la luz del día que empieza. Me digo que tal vez un día la Tierra no reinicie de nuevo su rotación y se quede inmóvil para siempre, con la noche y el día detenidos ambos en sus posiciones respectivas, dejándonos suspendidos en un amanecer permanente. Se me ocurre pensar entonces que, bañadas por ese resplandor crepuscular que da una tonalidad pastel a las cosas, las guerras quizá serían menos chungas, las hambrunas menos insoportables, las paces más duraderas, las mañanas en la cama menos aburridas, las veladas nocturnas más largas y solo el blanco de mis azulejos permanecería inalterado, conservando su brillo bajo el fulgor frío de los neones.

»En la intersección de los tres pasillos principales, la gran fuente me ofrece su gluglú apacible. Algunas monedas relucen en el fondo del estanque, monedas allí arrojadas por algunas parejas de enamorados o por supersticiosos jugadores de lotería. A veces yo misma me inclino al pasar, cuando me viene en gana. Lo hago porque sí, por el mero placer de verlas brillar bajo la superficie, arremolinadas entre ellas. Quizá también porque todavía queda en mí una pizca de aquella niña de ocho años que espera a que su príncipe azul se digne al fin venir a liberarla. Un verdadero príncipe azul que, después de haber aparcado su hermoso corcel blanco en el aparcamiento (un Audi A3 o un DS tapizado de piel, por ejemplo), se detenga en mi zona a vaciar la vejiga antes de llevarme en sus brazos para una larga aventura amorosa. Vaya, tengo que dejar de hojear el *Nous Deux*^[7]. Lecturas así me aporrean los estrógenos.

»Desciendo rápido los quince peldaños que conducen al sótano del centro comercial para ir a mi lugar de trabajo. Con ayuda de mi segunda llave, acciono el mecanismo que hace subir la verja metálica. Esto hace un ruido horrible, como si, por encima de mi cabeza, una gran boca gigante machacara el metal a medida que se lo traga el techo. Luego me queda una hora antes de la abertura de puertas. Es una hora para mí sola, y la paso delante de mi mesita de camping releiendo y pasando a limpio lo que he escrito la víspera en mi ordenador, antes de la llegada de los clientes. Me gusta pensar que mis textos han madurado durante la noche, como se deja reposar la masa del pan para encontrarla por la mañana temprano bien hinchada y olorosa. Y en ese instante, el clic de las teclas de mi teclado *azerty* es la música más bella para mis oídos. Una vez que he acabado y antes de guardar el PC en su funda, me pongo la bata azul celeste que me sirve de uniforme. Toda ella es un espanto de tergal de una gran ordinariez, que me hace parecer una empleada de Correos de los años setenta. Si aun así el hábito no hace al monje, entonces, como diría mi tía, ¡que le den a santa Lejía, la patrona de las limpiadoras de los retretes! Es la hora de Josy y del desayuno. Josy (tiene horror a que la llamemos Josiane) es enjabonadora de pelo en la peluquería del primer piso. Ella es todo lo que yo no soy. Ella trajina en lo bonito, yo trabajo en lo feo. Ella es frívola, yo en cambio soy del género serio. Ella es exuberante, yo en cambio pertenezco a la familia de las cortadas reprimidas. Quizá por eso nos entendemos tan bien, Josy y yo. Siempre entra un poco de sol por aquí

cuando viene ella. Nos contamos nuestras penas y alegrías en torno a un café y un cruasán. Cotilleamos y hablamos de los clientes. Que si uno le pidió un tinte verde manzana, que si otro se me cargó una cisterna del váter porque el muy gilipollas no había entendido que tenía que apretar en vez de tirar, etcétera. Arreglamos el mundo, nos contamos nuestros sueños, nos reímos a lo tonto como dos adolescentes antes de despedirnos y desearnos una buena jornada. Su día de descanso cae en martes. Esos días no tienen el mismo sabor. Cuando no está ella, hay algo indefinible que falta, como una especia olvidada en la elaboración de un guiso. No me gustan los martes».

Antes de salir de su estudio, Guibrando había sustituido las pieles vivas de la víspera por los textos de Julie. Lo había hecho sin ningún motivo. Le parecía muy natural restituir algunos pequeños fragmentos de aquella joven allí donde los había encontrado. Le gustaba la idea de que tal vez un día Julie se topase con ellos mientras caminaba por ese mismo vagón abarrotado, sorprendida de oír lo que ella misma había escrito.

«36.doc

»El gordo de las diez ha vuelto a venir hoy. Siempre el mismo recorrido. Baja por la escalera con su paso palurdo de hipopótamo descerebrado y va derecho a la cabina sin decir ni buenos días, torciendo la mesa cada vez que pasa. El gordo de las diez nunca saluda, ni hola ni adiós. Ni una palabra, ni una mirada, se mete rápidamente en la cabina n.º 8, la del fondo. Nunca lo he visto entrar en otra que no sea la 8. Y si por desgracia está ya ocupada, el señor se espera, patea el suelo, patalea, se queda plantado delante de la puerta piafando de impaciencia. El tipo es desdeñoso y le falta mundología. Tiene pinta de ser de esos que conducen un todoterreno urbano y lo aparcen en los sitios para minusválidos. Hace casi dos meses que el tío este viene a ponerme perdida la 8; lo hace a diario, a las diez en punto, entre ruidos escatológicos, y nunca me he atrevido a soltarle la más mínima reprimenda, merecida a más no poder, ya lo creo. Porque, ¡ojo!, cuando digo “ponerme perdida”, no piensen ustedes que exagero. Sin tener en cuenta que el muy grosero me gasta todo un rollo de papel higiénico cada vez y no se molesta en apretar el pulsador de la cadena, y he de ir yo después a limpiar el fundamento de su majestad durante diez minutos para darle de nuevo un mínimo de decencia al lugar. Lo peor es que el muy bastardo, cuando sale de mi 8, va limpio como una moneda reluciente, la chaqueta impecable, el pliegue del pantalón bien planchado, todo en su sitio. Pero la gota de agua que desborda el bidé, como dice siempre mi tita, es la propina. Ese rácano adiposo nunca me deja más que una de esas insignificantes monedillas de cobre de cinco céntimos que echa con desprecio en mi platillo. Intento atraer su mirada, que le quede bien clara mi ira, pero ese cabrón jamás se ha dignado volver la cabeza. Para él, apenas si existo a otro nivel que ese platillo de porcelana donde deposita su limosna. Ese individuo es un hijoputa de primera categoría. De esos que salen indemnes de todas las situaciones. Pero no

desespero. Como dice la publi: “¡Un día lo tendré!”.»

Al evocar al gordo de las diez, Guibrando no había podido evitar pensar en Félix Kowalski. No habría sido capaz de hacer una descripción de su jefe mejor que esa. El muro del recinto de la fábrica hoy le ha parecido más alto que nunca.

Yvon saludó la entrada de Guibrando con tres alejandrinos de circunstancia:

*En el lugar en que llamarte quiso la suerte,
haz con energía tu ardua y pesada tarea,
y luego, tal yo hago, sufre en silencio y muere.*

—*La muerte del lobo*, Alfred de Vigny —lanzó Guibrando en dirección a la garita, al mismo tiempo que deslizaba su delgada osamenta entre las hojas del gran portalón de la nave.

No había semana en que el guardián no le declamase esos tres versos. A diferencia de los otros días, Brunner, al verlo llegar, no se contentó con seguir apoyado contra el panel de mandos de la Cosa. Fue directamente a su encuentro y le siguió hasta el vestuario pisándole los talones. El gigantesco espárrago daba saltitos de contento riéndose sarcásticamente. Al verlo dar vueltas a su alrededor como un cachorro en celo, Guibrando comprendió de inmediato que iba a anunciarle algo.

—¿Hay algún problema, Lucien?

El otro, que estaba esperándolo, sacó de su bolsillo la hoja con el membrete de la compañía y la agitó bajo su nariz desplegando una enorme sonrisa: «Está previsto para el mes de mayo, señor Viñol. Cinco días en Burdeos de gorra». Ese imbécil había acabado por conseguir vía libre para la próxima obtención del certificado como operador de la Zerstor. Brunner por fin iba a poder alcanzar su sueño: poner en marcha la Cosa. Los gestos de éxtasis que ese psicópata ponía cada vez que enviaba un nuevo volquete de libros al infierno exasperaban cada vez más a Guibrando. Un verdugo debía permanecer impassible y no mostrar sus sentimientos, este había sido siempre su punto de vista. Giuseppe le había enseñado a no considerar a la multitud más que en su conjunto. No te detengas en los detalles, chaval, así será más llevadero, ya verás, le había aconsejado. Pero si, pese a todo y por desgracia, un libro llegaba a llamar su atención, salía pitando hacia el culo de la Zerstor y clavaba su mirada en la pasta gris hasta que desaparecía la imagen impresa en su retina. Brunner hacía lo contrario. El muy cabrito se regodeaba interesándose escrupulosamente en lo que destruía. Llegaba a sacar un ejemplar concreto de la montaña de libros para escudriñarlo con desdén antes de arrancarle la cubierta y agitar el pellejo ante las fauces ávidas. Como sabía que a Guibrando no le gustaba, cargaba las tintas en eso muy a menudo. Su voz restallaba en los auriculares en medio de un raudal de interferencias:

—¡Eh, señor Viñol! Mire, es el Renaudot^[8] del año pasado. Todavía tiene su faja roja, el cabrón.

Cuando eso sucedía, aunque el reglamento lo prohibía terminantemente,

Guibrando cortaba la conexión por radio para dejar de oír las odiosas reflexiones de Brunner. Esa mañana, el estado de embotamiento en que lo sumían las continuas embestidas de la Zerstor tardó más tiempo que de costumbre en apoderarse de él. Julie estaba ahí, a su lado, bien calentita bajo su casco. En el descanso de mediodía, se metió en la garita del guardián y picoteó sin apetito de una bandeja de canapés acompañados de una taza de té negro ofrecido por Yvon. Ruy Blas se unió a su masticación. Acto III, escena segunda. Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el cristal, que vibraba por la potente voz de Yvon, Guibrando escuchó al lacayo enamorado de su reina colmar de alejandrinos la choza de chapa ondulada. La idea de llevar a Yvon Grimbert a Las Glicinas cobró forma en su cabeza. El joven sonrió al imaginarse al guardián contando esas intrigas tortuosas y esos dramas de otra época a un auditorio de glicinianos pasmados. El hombre se merecía un verdadero público, aunque fuese un público integrado por viejos exánimes. Esperó Guibrando a que Yvon acabara su perorata para exponerle la idea: «Este sábado fui a hacer una sesión de lectura a un asilo de ancianos de Gagny. Volveré el próximo fin de semana. Una gente encantadora. Quieren que vaya todos los sábados. Me preguntaba si te apetecería acompañarme y leerles algo tú también». Guibrando no había llegado nunca a tutear a Yvon. No se trataba de la diferencia de edad. A Giuseppe lo había tuteado sin problema, y eso que era mucho mayor que el guardián. Más que una muestra de respeto, ese «usted» abarcaba a todos los personajes que el bonachón encarnaba a lo largo de toda la jornada. Yvon acogió con entusiasmo la idea de exportar su voz fuera de la minúscula garita. Ante su entusiasmo, Guibrando manifestó no obstante algunas reservas sobre las facultades del público para lograr seguir adecuadamente la regla de las tres unidades del teatro clásico. Yvon le tranquilizó:

*¡Apartad, guerras de poder, traiciones sublimes,
esos príncipes negros que maduran su crimen!
No importa la historia, con tal que su voz la rime
y la esperanza de alcanzar la alta cima estime.*

Mientras Yvon elucubraba ya un programa de lecturas dramatizadas, yendo de Pierre Corneille a Molière pasando por Jean Racine, Guibrando le recordó que todo estaba aún en proyecto y que todavía faltaba negociar su derecho de admisión con las Delacôte sisters. El joven miró su reloj y salió pitando. Tenía hora a las 13.30 en punto para hacerse, como cada año, la revisión médica obligatoria. Una enfermera paliducha lo recibió y le pidió que se quitase toda la ropa menos el calzoncillo. Lo pesó, lo midió, revisó el oído, la vista, le tomó la tensión, y mojó una pequeña lengüeta en el recipiente de la orina previamente llenado con discreción. Cinco minutos más tarde, un matasanos con bronceado color pastel de jengibre llamaba a Guibrando para una auscultación rutinaria.

—Bien, todo va bien, señor... Viñol, eso es, Guibrando Viñol. ¿Algún problema en particular que haya que tener en cuenta? Veo que parece en forma, pese a su peso, en el límite inferior de la curva.

No, todo no va tan bien como parece, le dieron ganas de replicar a Guibrando. Espero el regreso de un padre muerto desde hace veintiocho años, mi madre se cree que soy un ejecutivo de una gran editorial. Todas las noches le cuento mi día a un pez, el curro me asquea hasta el punto de que me dan ganas de vomitar hasta las tripas, y, en fin, para colmo de todo esto, estoy a punto de caer bajo los encantos de una chica a la que no he visto jamás. Por tanto y en resumen, ningún problema, salvo que en todos los terrenos estoy un poco «en el límite inferior de la curva», por así decir. Pero en vez de eso Guibrando respondió con un «voy tirando» lacónico. Después de algunas recomendaciones sobre la necesidad de una buena higiene alimentaria, el médico garabateó su veredicto al final del informe. Se resumía en una palabra, una insignificante palabra que le daba a Guibrando el derecho de proseguir con la masacre con total impunidad: «Apto».

A la salida del curro, Guibrando fue a casa de Giuseppe. A veces necesitaba a alguien más que un pez rojo para acoger sus estados de ánimo. Durante alrededor de media hora, le habló del pendrive y le contó cómo había devorado los setenta y dos documentos que contenía. Le habló con entusiasmo de Julie, de cómo la joven trasladaba su día a día a unos pequeños blocs de notas rodeada de 14.717 azulejos. Muy atento, el viejo no perdía detalle de las palabras de su amigo.

—¿Cómo podría encontrarla? No sé nada de ella —se lamentó Guibrando.

Giuseppe sonrió:

—Sabes mucho más de lo que piensas, joven derrotista —le aseguró Giuseppe—. Te crees que mis piernas han brotado de golpe, en un solo día —dijo indicando con el dedo las estanterías que se combaban bajo los Freyssinet—. ¿Llevas el pendrive contigo? Méteme en el ordenador esos textos para que los estudie con más atención. Unos aseos públicos con señoras de los lavabos en centros comerciales no es algo que se vea muy a menudo.

En el momento de separarse, Giuseppe le retuvo la mano al estrechársela. «Tengo la impresión de que tú también acabas de encontrar lo que buscabas», le susurró el viejo, divertido.

Cada jueves por la noche, cuando el busto endomingado del presentador estrella, con su cabeza de primero de la clase, salía por la tele, Guibrando telefoneaba a su madre. ¿Por qué el jueves y no otro día? No sería capaz de explicarlo. Era así, sin ningún motivo en particular. Al cabo del tiempo, esa llamada del jueves por la noche se había convertido en un ritual al que no podía sustraerse. Se la imaginaba allí, confortablemente instalada en el sillón del salón, delante de la tele sin ver nada en realidad, congelada en ese perpetuo embotamiento en que la había dejado la marcha de su marido, aquel día de agosto de 1984. Ya habían transcurrido veintiocho años, pero Guibrando no empleaba nunca el término *muerto* cada vez que evocaba a su padre. Pocos días después del accidente, el niño que era entonces le había hecho una última visita. Conservaba el recuerdo de un cuerpo inerte sobre una cama de hospital. Durante unos minutos eternos, Guibrando no había podido apartar su mirada del tubo que penetraba por la boca de su padre. Había contemplado fascinado aquel rostro que se estremecía a cada vaivén de la máquina infernal, la cual, ubicada a la derecha de la cama, servía para prolongar su respiración. Un hombre con bata blanca había ido a buscar a su abuelo y le había hablado de una inminente partida en medio de un chorro de frases cuchicheadas. Luego, cuando dos días más tarde el niño vio en la tele a esos hombres con cascos, envarados dentro de su imponente escafandra anaranjada, saludando a la muchedumbre desde lo alto de la pasarela, el corazón le dio un brinco en el pecho. Las viseras bajadas no dejaban adivinar sus rostros. Todos tenían ese tubo que salía de su casco, ese mismo tubo que él había visto en el hospital. Su padre era uno de ellos, no le cabía la menor duda, estaba entre esas siluetas que se dirigían con torpes pasos hacia la escotilla para desaparecer en el vientre de la gran nave. A las 12.41 de ese 30 de agosto de 1984, ante los ojos maravillados de Guibrando, la astronave *Discovery* se había soltado de su lanzadera con un ruido ensordecedor, llevando a los seis hombres al espacio. Y cuando una hora más tarde su abuela vino a anunciarle con una voz quebrada por el dolor que su padre se había ido, él no halló otra respuesta mejor que estas dos palabras: «Lo sé». Al cabo de tanto tiempo, el mocoso de ocho años que aún vivía en él seguía conservando la esperanza absurda de que su padre, que se paseaba de estrella en estrella, regresaría algún día. Y nada, ni siquiera las paladas de tierra que habían golpeado la madera barnizada del ataúd, había conseguido convencerlo de lo contrario.

Su madre no descolgaba nunca antes del tercer tono. Tres tonos, ese era el tiempo que necesitaba para despejarse y salir de la ausencia.

—Hola, mamá.

—¡Ah, eres tú!

Él sonrió. Todas las semanas, ella le daba esta misma réplica a modo de preludeo

al gran juego de las preguntas y respuestas. ¿Qué tiempo hacía en París? ¿Le había perjudicado la última huelga de transportes? Eran preguntas a las que él respondía de manera evasiva, temiendo ya el momento en que tendría que mentirle a su propia madre. Salió entonces en la conversación el tema tan temido. No se libraba nunca: «¿Sigues con tus libros?».

Su madre no sabía nada. Nada de la fábrica, ni del sucio oficio de verdugo que tenía. Nada de los años de impostura callando lo peor e inventando lo mejor, construyéndose una existencia artificial solo para ella. La de un Guibrando que jamás comía y bebía insípidos cereales acompañados de un té de color pis, un Guibrando que no se pasaba el día reduciendo a papilla toneladas de libros. Un Guibrando Viñol que no compartía su vida con un pez rojo. Responsable adjunto de publicaciones en el seno de una gran imprenta, este Guibrando que representaba cada jueves por la noche se tragaba la vida a mordiscos. La mentira no había dejado de cebarse, telefonazo a telefonazo, siempre con ese miedo en las tripas a que ella acabara por olerse la engañifa en sus silencios, a pesar de los cuatrocientos kilómetros que los separaban. El joven no iba por el pueblo más que una o dos veces al año. Cortas estancias en las que se pasaba la mayor parte del tiempo huyendo. Huía de las preguntas de su madre; huía de los malos recuerdos y de todos esos tipos que seguían llamándolo Vibrando Guiñol mientras le pedían que volviera con ellos cuando él había invertido años en lograr apartarse de allí; y huía de una tumba en la que nunca había creído.

Esa noche, cuando devolvía el auricular a su hueco en el teléfono después de haber engañado a su madre una vez más, Guibrando no pudo contener por más tiempo el flujo de bilis que ascendía al asalto por su garganta.

El gris del hormigón ha desaparecido bajo la capa de barro que cubre el suelo de la fábrica. Con ese cieno fétido hasta los tobillos, provistos de palas, Brunner y él retiran sin parar grandes bloques de melaza del embudo de la Zerstor. La Cosa se atiborra de ese puré emitiendo horribles chasquidos húmedos. Cada diez segundos, su culo metálico pone un nuevo libro que enseguida echa a volar hacia el techo de la nave batiendo el aire con sus páginas. Cientos de ejemplares se arremolinan en el depósito como en un enjambre amenazador que planea sobre los empleados, formando un ruidoso guirigay. De vez en cuando, una obra se destaca de la multitud para caer hacia el suelo en picado antes de recuperar su curso y pasar rozando las cabezas con un silbido. Un libro más voluminoso que los demás ha golpeado a Brunner en toda la sien. El enorme espárrago se ha desplomado cuan largo es en el foso lleno de barro. El desgraciado lucha con frenesí pero solo logra hundirse un poco más en cada uno de sus manoteos. Los cristales del despacho de Kowalski se han hecho añicos por los repetidos asaltos de las escuadrillas de papel. Atrapado en su torre, el gordo no ha podido evitarlo. A pesar de la barahúnda, a Guibrando le llega el ruido terrible de los impactos de los libros golpeando contra la fofa carne del jefe. Sus gritos resuenan en la fábrica durante casi un minuto antes de apagarse definitivamente. Guibrando no lo ha visto venir. Un diccionario lanzado a toda velocidad golpea en su rodilla derecha, segando su pierna de apoyo. Un segundo misil corta de un tajo el mango de la pala. Cae de bruces al suelo, aullando de dolor. El barro se mete por su boca abierta, inunda sus pulmones. Se ahoga. Su mano tantea en busca de algo a lo que agarrarse hasta que sus dedos encuentran un cabo surgido de ninguna parte.

La lámpara cayó a los pies de la mesilla, arrastrando con ella la pecera de *Rouget de Lisle*, que se rompió en mil pedazos. El pez coleaba con todas sus aletas sobre la alfombra en medio de las esquirlas de vidrio. Su cuerpecito emitía brillos anaranjados a cada una de sus sacudidas. Guibrando cogió el bol de cereales que había en el escurrerplatos del fregadero y lo llenó de agua antes de arrojar en él a un *Rouget* moribundo. Después del último espasmo, el pez rojo recobró su ritmo de crucero como si tal cosa y bajo la mirada de alivio del joven empezó a dar una primera vuelta por el bol. Guibrando gesticuló. La pesadilla había dado paso a una fea migraña que le taladraba la frente. La Cosa, además de corromper sus días, también lograba, cada vez con más frecuencia, vampirizar sus noches. Por la mañana, desayunó con dos comprimidos efervescentes.

Diez y diez. La segunda sesión de lectura en Las Glicinas lo esperaba. Mismo

taxi, mismo trayecto. Y a la llegada, el recibimiento más caluroso. Ante su vista, una bandada de abuelas gorjeantes se posó sobre la escalera de entrada para revolotear a su alrededor cacareando a dentadura postiza batiente. Casi olvidó su dolor de cabeza. Estrechó manos a derecha e izquierda, manitas tan rosas y frágiles como galletas de Reims. Le dieron golpecitos en las mejillas, le sonrieron, se lo comieron con los ojos. Él era el lector, el que traía las hermosas palabras. Le tocó ser el señor Viñal, Viñil, Voñal, Vañul, y de nombre Guillaume, Gustin, o Guy a secas. Monique parecía haber contagiado a la comunidad entera a lo largo de la semana. Por su parte, él reservó sus abrazos para las dos hermanas Delacôte, que se extasiaron de agradecimiento. Olía a agua de Colonia, a laca para el pelo y a jabón de Marsella. Dentro del amplio vestíbulo, los menos animosos acababan de apoltronarse sobre ellos mismos, indiferentes a la agitación ambiental. Seres cuyo destino era esperar una despedida a la que se negaban. Empujado por Josette y arrastrado por Monique, Guibrando se deslizó entre dos filas de muertos vivientes para penetrar en el refectorio, aliviado por hallarse en la gran sala transformada en salón de espectáculos para la ocasión. Dos mesas sobre las que habían izado el sillón hacían las veces de estrado. Al ritmo que iban las cosas, pensó Guibrando, en un mes tendría hasta un camerino, y en dos una estatua en el jardín. Se atropellaban, refunfuñaban, se peleaban por agenciarse los mejores sitios. Monique intervino para hacer de acomodadora y poner un poco de orden. Como mujer dominante que era, estableció las prioridades en función de las diversas sorderas y minusvalías que aquejaban a la colonia. Son aún más numerosos que la última vez, pensó Guibrando. John y Gina se valían por sí mismos. Por fin subió a su trono, impaciente por atacar la lectura. Con un discreto movimiento de cabeza, Monique le indicó que la sesión podía empezar. Josette se lo confirmó con un guiño de apoyo.

«4.doc

»Se supone que los que trabajamos en cualquier váter público no vamos a estar aporreando el teclado de un portátil para escribir un diario. Para lo que valemos es para estar limpiando de la mañana a la noche, lustrando los cromados, restregando, sacando brillo, reabasteciendo las cabinas de papel higiénico, pero nada más. De una señora de los lavabos se espera que limpie, no que escriba. La gente puede concebir que yo haga autodefinidos, crucigramas, sopas de letras, criptogramas y cualquier juego de palabras encerradas en todo tipo de jaulas. Esa misma gente también puede admitir que yo lea, en mis ratos perdidos, fotonovelas, revistas femeninas, que vea magazines de la tele, pero que tamborilee con mis dedos ajados por la lejía sobre el teclado de un portátil para volcar en él mis pensamientos, eso, eso les llama poderosamente la atención. O, lo que es peor, les hace sospechar. Es como un malentendido, un error de casting. En el mundo inferior, un desgraciado portátil de diez pulgadas encendido junto al platillo de las propinas acaba siempre por desentonar en el paisaje. ¡Ay! Al principio, trataba de utilizar mi ordenador, pero

enseguida, por las miradas indignadas de la gente, vi que eso no iba a funcionar, que había una especie de incompreensión y de molestia, un rechazo ante esa situación anormal. Hube de rendirme a la evidencia de que la gente no espera en general más que una sola cosa de ti: que les devuelvas la imagen de lo que ellos quieren que tú seas. Y la imagen que yo les proponía no la querían en absoluto. Era una visión del mundo superior, una visión que no tenía nada que hacer aquí. Así que si hay una lección que yo haya aprendido en casi veintiocho años de presencia en esta Tierra es que el hábito debe hacer al monje, y poco importa lo que oculte la sotana. Desde luego doy el pego y le tomo el pelo a la gente. El ordenador está fuera de su vista, prudentemente guardado en su funda a los pies de mi silla. Es más fácil dejarle una moneda a una joven que está a punto de resolver laboriosamente el juego de los siete errores de la revista más actual mientras chupetea el capuchón de su boli, que a esa misma mujer inmersa en la contemplación de la pantalla luminosa de su portátil último modelo. Adaptarse astutamente al molde, ponerse el traje de señora de los lavabos por el que me pagan y cumplir con ese papel ciñéndome al texto. Es lo más fácil para todos, empezando por mí. Además eso tranquiliza a la gente. Y como dice siempre mi tía, en su tialogismo n.º 11: Un cliente tranquilo siempre será más generoso que un cliente alterado. Tengo un cuaderno lleno de los tialogismos de mi tía. Los colecciono desde mi CM2^[9] y me he hecho una pequeña selección en un bloc de espiral que tengo siempre a mano. Podría citárselos a ustedes todos de memoria. Tialogismo n.º 8: Si una sonrisa no cuesta nada, devuelva todas las que pueda. El n.º 14: Los pequeños encargos no aportan grandes comisiones. El n.º 5, el más corto, mi preferido: Orinar no es un juego.

»Con el tiempo, he aprendido a escribir sin que lo parezca. Emborrono mis blocs de notas encima de la endeble mesa de camping que me sirve de escritorio, garabateo en sus páginas en medio de la abundancia de papel satinado de las revistas que tengo delante. Voy avanzando tecla a tecla. No pasa ni un día sin que haya escrito algo. No hacerlo sería como no haber vivido ese día, como haberme encasillado en ese papel de señora-de-los-lavabos-caca-pota que quieren endosarme, una pobre chica cuya única razón de ser es esa función trivial por la que se le paga.»

Guibrando levantó la cabeza. La audiencia parecía encantada. El silencio que reinaba en la sala no tenía nada de incómodo. Era el tiempo de una digestión ligera. Podía leer en esos rostros surcados por los años una sensación de bienestar. Guibrando se regocijó de compartir con ellos el universo liso y blanco de Julie.

—¿Dónde pasa esto? —preguntó una voz temblorosa.

Ante esta interrogante, un bosque de brazos se alzó hacia el techo. Previamente incluso a que Monique hubiera podido canalizar su flujo, las respuestas estallaron por todas partes:

—En una piscina —sugirió un pensionista.

—Un centro de aguas termales —propuso otro.

—En unos váteres públicos —balbuceó un calvo en la primera fila.

—Dicho así, eso no quiere decir nada, Maurice. Es obvio que pasa en unos váteres, pero váteres hay a porrillo. No se nos indica dónde están.

—Un teatro —se entusiasmó André—. La vieja es la señora de los lavabos de un teatro.

—¿Por qué vieja, Dedé?

—Tiene razón Mauricette. ¿Por qué vieja? ¿Nos lo puedes explicar, André? —ladró la furia de la última vez que parecía siempre disfrutar tanto vomitando su hiel contra el bueno de Dedé.

—No, vieja no es —zanjó un abuelete endomingado—. Se ha dicho que tiene veintiocho años. Y encima tiene un ordenador. Escribe.

—¿Cómo queréis que el mundo funcione como Dios manda si cualquiera se pone a escribir? —refunfuñó un gruñón desde el fondo de la sala.

—Señor Martinet, por mucho que haya estudiado Letras Modernas no tiene usted el monopolio de la literatura —le amonestó severamente la institutriz jubilada.

Monique interrumpió el debate con su natural autoridad:

—¡Vamos, vamos! Dejemos a Guillaume continuar, por favor.

Guibrando se tragó la risa para no desternillarse y pasó al texto siguiente:

«52.doc

»El jueves es un día especial. Es el día de mi tía. El día de los buñuelos. Son su droga. Cada jueves necesita su dosis. Ocho buñuelos comprados en la confitería de su barrio. Ocho buñuelos y nada más. Nunca la he visto aparecer con un pastelito relleno de crema, una tartaleta o un milhojas. No, siempre esas ocho bolitas de pasta esponjosa espolvoreadas de cristalitos de azúcar. Por qué ocho y no siete o nueve, es un misterio. Hasta aquí, me dirán ustedes, no hay nada de extraordinario, y estoy de acuerdo. Pero el asunto que lo convierte en algo verdaderamente especial es que mi tía no vuelve a su casa para saborear esas delicias delante de la tele ni se va al café más cercano para ir picando directamente de la bolsa mientras da sorbitos a un chocolate caliente o a una infusión de tila. No, ella viene hasta aquí con su frágil tesoro delicadamente apretado contra su pecho. “Compréndelo —me explicó un día —, no saben igual en todas partes. Ya lo he comprobado, varias veces incluso. Los he comido en los más hermosos lugares que puedan existir, en salones de té tan elegantes que hasta las miguitas que caen al suelo valen dinero, pero solo aquí despliegan todo su aroma y todo su sabor. Auténticos bocados paradisiacos. Es como si el lugar los mejorase, ya me entiendes. Aquí mis buñuelos se vuelven excepcionales, en cualquier otra parte son solo buenos.” No les oculto que, intrigada, también quise probar esa experiencia, al menos una vez. No con buñuelos, no, yo no soy muy de buñuelos, sino con un gofre. Me zampo uno de vez en cuando, cuando tengo un huequecito. La crepería de la planta baja los hace excelentes. Lo pido siempre sin nada y me lo como delante del mostrador, impaciente, antes de regresar a

mi puesto. Un día me traje aquí mi gofre calentito y crujiente y me encerré en una de mis cabinas para saborearlo. Por ver. Pues bien, tengo que reconocer que mi tía no estaba en absoluto equivocada. Había un no sé qué diferente, como si mi gofre se hubiera hecho sublime en medio de todos mis azulejos. No recordaba haberme deleitado con uno tan bueno. Cuando tiene que hablar de sus buñuelos, mi tía no tiene fin. “Nada que ver con esos pasteles arrogantes que exhiben su crema, ni con esos bizcochos pretenciosos recubiertos con pasta de almendras y que se doblan bajo el peso de sus propios artificios”, dice ella, acalorada. “¡El buñuelo es a la pastelería lo que el minimalismo es a la pintura!”, le suelta tan pancha a quien quiera oírlo. “Liberado de cualquier efecto engañoso, el buñuelo se presenta ante nosotros en toda su desnudez, con el único adorno de esos escasos cristalitos blancos, y se ofrece tal cual es: un dulzor que solo pretende ser comido, así de simple.” ¡Ay! Yo la entiendo; cuando se pone, es una verdadera poeta.

»—¿Me has reservado la 4, la grande? —me dice entre dos besos.

»—Sí, tía, ya sabes que siempre te reservo la 4.

»Los jueves limpio su cabina n.º 4 de arriba abajo, antes de echarle el cerrojo hasta que ella llegue. Es su privilegio. Tiene su propia cabina aquí como otros tienen su propia mesa en Fouquet’s o su propia suite en el Hilton. Una vez que me pasa su chaqueta, su bolso y su sombrero, va trotando hasta allí con su bolsita de buñuelos en la mano, su cojín bajo el brazo y la mirada chispeante de glotonería. Durante unos veinte minutos, cómodamente sentada en el confortable cojín colocado sobre la tapa bajada del inodoro, mi tía va tragándose uno a uno a sus protegidos, aplastando con su lengua la pasta contra el paladar para liberar en el centro de sus papilas las exhalaciones de vainilla que encierra en su seno el buñuelo. “¡Si tú supieras, mi Julie! —exclama cuando sale de allí—. ¡Dios mío, qué bien saben!” Toda una yonqui que acaba de meterse sus ocho chutes de un tirón».

El reloj de encima de la entrada del refectorio pasaba ya veinticinco minutos de las once. El taxi no tardaría. La audiencia no parecía tener prisa por volver a su cotidianidad. Las conversaciones fluían a buen ritmo. Las señoras recordaban sus recetas de masa para buñuelos, desvelando cada una sus pequeños trucos. El número de huevos, la cantidad de mantequilla, el tamaño adecuado de la boquilla de la manga pastelera. Una parte de la concurrencia disertaba sobre la pertinencia de degustar buñuelos con el culo pegado a una tapa de váter. Aunque algunos encontraban esa idea verdaderamente descabellada, otros en cambio no excluían llevarse el postre del mediodía a su habitación para darse una sesión de degustación sobre la tapa del váter de sus respectivos aseos. Guibrando se levantó con pesar del confortable sillón. Se sentía cada vez mejor entre sus glicinianos. Monique y Josette le ofrecieron cada una su brazo para ayudarlo a bajar a tierra firme. Aprovechó ese momento para hablarles de Yvon. Las dos hermanas se mostraron encantadas de acoger entre sus cuatro paredes a un lector suplementario y aceptaron con la condición de alargar la sesión

una media hora. Guibrando no venía ningún inconveniente en ello. La abrazó, aspirando de paso una última bocanada de agua de Colonia antes de alcanzar el taxi que acababa de hacer su aparición al final del paseo.

Rouget de Lisle, quinto de su apellido, había muerto durante su ausencia. El cuerpecito yacía a un lado del bol cuando Guibrando regresó de Las Glicinas. Su pecera de recambio había debido de parecerle demasiado exigua para desentumecer las aletas dignamente en ella y el animal había preferido dar el gran salto a lo desconocido y averiguar si el mundo de fuera era mejor. Su último sueño de libertad se ha quebrado sobre el frío acero inoxidable de mi fregadero, pensó Guibrando con tristeza. Cogió delicadamente el minúsculo cadáver por la cola, entre el pulgar y el índice, y lo deslizó dentro de una bolsita de plástico. Al inicio de la tarde, salió y fue en dirección a Pavillons-sous-Bois. El joven se conocía de memoria el camino por haberlo recorrido ya en el pasado en otras cuatro ocasiones. Al cabo de veinte minutos de marcha, se detuvo en medio del puente que franqueaba el canal del Ourcq, exhumó el cuerpo ya rígido de Rouget de Lisle y lo arrojó a aquellas aguas apacibles. «Paz a tus espinas, querido hermano.»

Nunca había podido decidirse a desembarazarse de ellos tirándolos al vertedero como vulgares desechos. Para él eran mucho más que simples peces de adorno. Cada uno de ellos se llevaba en los orificios de sus agallas sus más íntimas confidencias. A falta de un gran río, el canal del Ourcq era la sepultura más noble que había podido hallar para acoger sus despojos. Después de una última mirada a la mancha naranja que se hundía en las profundidades oscuras, Guibrando regresó a buen paso. Un cuarto de hora más tarde, la campanilla suspendida encima de la puerta de la tienda de animales tintineó jubilosa cuando él franqueaba el umbral. Su entrada fue saludada por el parloteo de las cotorras, el ladrido de los perritos, el maullido de los gatitos, el chillido de los conejos y el piar de los polluelos. Solo los peces guardaron silencio y se contentaron con una breve expulsión de burbujas.

—¿Qué desea el señor? —La vendedora era la viva imagen de su voz arisca. Fría y blanca.

—Necesitaría un pez rojo —masculló Guibrando. De necesidad era justamente de lo que se trataba. Padecía de una auténtica adicción al pez dorado. El joven ya no podía pasarse sin esa presencia muda y coloreada que llenaba su mesilla de noche. Sabía por experiencia la enorme diferencia que había entre vivir solo y vivir solo con un pez rojo.

—¿De qué variedad? —preguntó la anémica abriendo un voluminoso catálogo de acuariofilia. Tenemos modelos con cabeza de león, la Cometa, con su larga cola bífida, el modelo Oranda, con una joroba sobre la cabeza, el Pompón, el Ryukin, el Shubunkin, el Ranchu y también el Black Moor, muy original por su color oscuro. El modelo que más se vende ahora es el Celeste de doble cola con sus ojos de telescopio encima de la cabeza. Muy tendencia.

A Guibrando le dieron ganas de preguntarle si no tenían el modelo estándar, el rojo normal, con una sola cola, ya que eso le bastaba para lo que hacía, que era girar en redondo, y con dos ojos puestos a cada lado de la cabeza, donde tenían que estar. En vez de eso, sacó de su cartera la foto ajada de *Rouget* primero de su apellido, el fundador de la dinastía, con quien había empezado todo, y la blandió bajo la nariz de la empleada:

—Desearía sencillamente uno igual —dijo dando golpecitos con el dedo sobre la imagen desgastada.

La otra echó un prudente vistazo a la foto antes de arrastrarlo hacia el gran acuario que adornaba el fondo de la tienda, donde coleaba medio centenar de potenciales *Rouget de Lisle*.

—Le dejo escoger. No tiene más que llamarme, estoy por aquí —suspiró ella mientras le tendía una pequeña redecilla de pesca.

Lo que más le interesaba de su ciprino era que fuese de lo más corriente. Foto en mano, Guibrando escudriñó con la mirada el banco naranja que se agitaba delante de él en busca del clon perfecto. Enseguida reparó en uno. Mismo color ligeramente más claro en los flancos, mismas aletas, misma mirada afable. Después de tres intentos infructuosos, al cuarto golpe de redecilla fue la vencida. Inquirió a la vendedora por una nueva pecera.

—¿Esférica o rectangular? —preguntó ella.

Cruel dilema tener que escoger entre un camino de ronda de una monotonía mortal o el paseo discontinuo por un circuito lleno de rincones. Optó finalmente por la habitual bola de cristal. Hasta para el más corriente de los peces, no debía de haber peor suplicio que darse de bruces contra los ángulos rectos día y noche. De regreso en el estudio, Guibrando se apresuró a cubrir el fondo del tarro con arena blanca para colocar en ella la miniánfora y plantar las algas sintéticas del anterior inquilino. Al poco rato, un nuevo *Rouget de Lisle* chapoteaba alegremente en medio de ese decorado mágico. Emanaba de tan minúsculo pez, idéntico punto por punto a sus hermanos, un sentimiento de inmortalidad que agradaba a Guibrando. No duró más que un instante, pero creyó descubrir en la mirada de *Rouget* sexto de su apellido el reconocimiento absoluto de los cinco que le habían precedido.

Esa mañana, el anciano-con-zapatillas-y-pijama-bajo-su-impermeable vagaba como alma en pena a la altura del 154 sin su *Balthus*. La víspera por la tarde, al animal se le habían paralizado las patas traseras. El pobre bicho estaba ahora bajo observación en la clínica veterinaria. «Hasta que vuelva a andar», precisó. «Porque, dígame, mi *Balthus* volverá a andar, ¿no?», suplicó aferrándose al brazo del joven, casi a punto de llorar. Guibrando le prometió que sí, que por supuesto, que no había motivo para que no recuperase el uso de sus patas traseras, aunque en el fondo de sí mismo estaba convencido de que el chucho seguramente había llegado al final de su camino y no tardaría en reunirse con *Rouget* quinto de su apellido en el gran paraíso de los animales. Era bien sabido que casi todos los perros viejos empezaban a morir por atrás. Guibrando dejó al buen hombre dándole un último saludo que tenía toda la pinta de unas condolencias y llegó a la estación. Con sincero placer se sentó en su trasportín. Julie le quemaba en los dedos.

«17.doc

»El sábado es siempre el día de más trabajo de toda la semana junto con el miércoles, pero cuando un sábado coincide con el último día de las rebajas se convierte en un día apestoso, de ese género de días en que incluso los cien mil metros cuadrados del centro comercial parecen ser insuficientes para contener a duras penas a todo el mundo. Está siempre lleno desde que se abren las puertas. Los visitantes se precipitan en bloque en mi antro a lo largo de todo el día para deponer su chorro de orina, sus excrementos, su sangre e incluso sus vómitos. A menudo tengo la sensación de no ver en ellos otra cosa que esfínteres, estómagos, intestinos o vejigas con patas y no personas hechas y derechas. Detesto especialmente esos días en los que la afluencia hace que el centro comercial parezca un auténtico hormiguero. Todo ese frenesí me angustia, por mucho que sea generalmente el signo precursor de unos ingresos excepcionales. Constantemente hay que estar saltando de un lado a otro si no quieres verte desbordada. Reabastecer las cabinas de rollos, limpiar las tapas a la mínima ocasión que se presente, echar a intervalos regulares pastillas de lejía dentro de los urinarios, sin olvidarse de hacer acto de presencia junto al platillo de las propinas lo más a menudo posible. Gracias, adiós. Gracias, buen día. Buenos días, gracias, adiós. Es porque muchos no dan nada si no hay un testigo que constate su generosidad. Tialogismo n.º 4: Mendigo ausente, platillo vacío. Estoy convencida de que la humanidad entera ha pasado por aquí hoy. Es lo que me he dicho cuando echaba la reja, rendida, con la espalda hecha polvo y las narices saturadas de amoniaco y de lejía.

»Esos días cargados de trabajo son una locura, yo prefiero las mañanitas tranquilas de mediados de semana, en las que los clientes se suceden con parsimonia. En esos momentos, soy capaz de dejar por un instante mis escritos o mis revistas para

ponerme a escucharlos. Con la respiración contenida y los ojos cerrados, me abstraigo del estruendo incesante del centro comercial para concentrar toda mi atención en los ruidos que surgen de los lavabos. Mi oído se ha aguzado con el tiempo y hoy en día puedo analizar sin titubear cada uno de los sonidos que me llegan a través de las puertas cerradas, por muy quedos que sean. Mi tía, con toda su omnisciencia de esterilizadora-con-lejía que le caracteriza, ha clasificado esos ruidos en tres grandes categorías. Primero están los que ella designa bajo el alegre apelativo de ruidos nobles. El tintineo discreto de una hebilla de cinturón que se desabrocha, el canto ligero de una cremallera que se baja, el chasquido seco de un corchete que se separa, sin olvidar todos esos roces de telas, sederías, nylon, algodones y demás tejidos que emiten contra la piel un sinfín de frotamientos, estremecimientos, frufús y demás fricciones. A continuación vienen los que ella llama los ruidos pantalla. Tosidos apurados, silbidos falsamente joviales, pulsación de la cisterna, etcétera, todos ellos supuestamente emitidos para acallar la tercera categoría sonora, la de los ruidos de actividad: flatulencias, borborigmos, chapoteos, canturreo de la loza, ruidos de chapuzón, devanado del rollo de papel, rasgado del mismo. En fin, por mi parte yo añadiría otra categoría, mucho más rara aún, ¡ya lo creo!, e interesante, la de los ruidos de satisfacción: todos esos vagidos y suspiros de contento que a veces se elevan hasta el techo cuando se abren las compuertas y cae en cascada sobre la loza el vaciado liberador durante demasiado tiempo retenido, o la avalancha estrepitosa de un intestino excesivamente lleno. Amo a toda esa gente que viene a encallar aquí, vulnerables a más no poder en su deseo de aliviar su vejiga o de vaciar su vientre. Y durante ese breve lapso de tiempo en que los pierdo de vista detrás de la puerta del retrete, cualquiera que sea su condición o su estatus social, los imagino de regreso a la noche de los tiempos, en esa situación de mamífero que satisface una necesidad natural, con los traseros pegados a la taza, el pantalón enroscado entre las pantorrillas, la frente goteando de sudor mientras jadean de esfuerzo por abrir su esfínter, completamente solos consigo mismos, lejos del mundo superior. Pero ojo, aquí la gente no solo me deja el contenido de su intestino o de su vejiga. En ocasiones, no es raro ver a algunas de esas personas venir después a pegar la hebra conmigo para desahogarse de sus pesares. Yo las escucho a todas. Les dejo vaciar su hiel contra el mundo, escurrir sus minúsculas vidas, contarme cuentos sobre sus problemas de todo tipo. Se confían, gimen, lloran, envidian, fabulan. Tialogismo n.º 12: Los retretes son confesonarios sin cura. Afortunadamente, también hay otras personas que vienen a charlar de cualquier cosa por el solo placer de intercambiar alguna palabra amable y para quienes soy algo más que dos orejas en las que arrojar su malestar. Como en ciertos grandes restaurantes, he puesto un libro de oro a la salida, un libro en el que la gente tiene la oportunidad de dejarme, en lugar de una simple moneda, la huella de su paso por aquí bajo la forma de una pequeña frase. Luego, cada tarde, a la hora de cerrar, recojo mis redes y dedico un rato a echar un vistazo a esas palabras de amor, o de odio, palabras que van de lo mejor a lo peor y

que siempre me enseñan mucho más de la naturaleza humana que cualquier enciclopedia.

»“Enhorabuena por la limpieza. Isabelle.”

»“Más que unos simples aseos públicos, un puerto limpio y muy bien conservado. Siga así. René.”

»“¡Haber estudiado, gilipollas! X.”

»“Su papel es un poco áspero para mi gusto, si no, sería perfecto. Marcelle.”

»“De paso por aquí, solo volveríamos por la limpieza irreprochable del lugar. Xavier, Martine y sus hijos Thomas y Quentin.”

»“Cómeme el Qlo, zorra.”

»“Los reyes y los filósofos expulsan sus excrementos, y las damas también. Montaigne.”

»“Estaría bien poner a disposición de los clientes algunas revistas a la entrada de los retretes. Además, es un tanto lamentable que se nos imponga un solo tipo de jabón. Sería interesante, pienso yo, poder escoger entre varios aromas. En cuanto a la limpieza, está correcta. (Salvo en algunas rendijas. Pruebe con vinagre blanco.) Madeleine de Borneuil.”

»“Me he hecho una paja en tu cagadero de mierda pensando en ti, cabronaza.”»

Sonaron varias risas en el vagón mezcladas con algunas exclamaciones ofendidas. Guibrando levantó la cabeza. La mayoría de los usuarios presentes lo animaba a proseguir con la mirada. Esbozó una sonrisa antes de entregarles un nuevo pasaje de Julie:

«23.doc

»No podría jurarlo pero me parece que ha crecido más. En realidad no mucho, tan solo unos cuantos centímetros, pero al ritmo al que van las cosas, bien podría acabar por alcanzar la altura de los espejos de la zona de señoras en menos de una década. Mi tía me ha contado que la grieta apareció hace casi treinta años, cuando demolieron la gran escalera central para poner en su lugar las nuevas escaleras mecánicas. Debió de nacer con los primeros golpes de piqueta, asomando la nariz por el ángulo del rincón norte, debajo de los lavabos, antes de instalarse a sus anchas. No era muy gruesa en aquella época. Apenas tenía el espesor de un cabello, poco más larga que una brizna de hierba, pero engordó a medida que se abría paso por la inmensidad blanca, rayando con un fino trazo oscuro cada uno de los azulejos que hallaba a su paso. Jamás detuvo su marcha después y prosiguió inalterable su camino sin desviarse ni un ápice de su trayectoria, fuesen cuales fuesen los obstáculos que encontrara. Nació en la época de Mitterrand, celebró su primer metro antes de que los rusos abandonaran Afganistán, alcanzó otro metro más cuando enterraban a Juan Pablo II. Hoy está a punto de llegar a los tres metros. Es como una arruga en la cara, un signo del tiempo que pasa. Me gusta mucho esa raja que sigue su camino a toda

costa y traza su propio destino sin preocuparse lo más mínimo de los altibajos del planeta».

Cuando el RER se detuvo en la estación y la gente salió del vagón, un observador exterior se habría dado cuenta de hasta qué punto los oyentes de Guibrando desentonaban con los demás usuarios. Sus caras no mostraban esa máscara de impasibilidad que lucía el resto de los viajeros. Ellos mostraban un ligero aire feliz de lactantes satisfechos.

Eran las siete en punto cuando Guibrando llamó a la puerta de Giuseppe. Cosa rarísima, el viejo había contactado con él en su lugar de trabajo justo en mitad de la tarde. Había llamado a Kowalski y había pedido hablar con Guibrando. La voz de un Félix más contrariado que nunca prorrumpió en la radio del casco, pese a que no le gustaba nada que se perturbase al personal en pleno curro. «Viñol, teléfono.»

Este había cogido el auricular que le tendía el gordo, preguntándose quién podía llamarlo allí.

—¿Puedes pasarte después del trabajo?

—Sí. ¿Por qué?

La única respuesta de Giuseppe fue lanzarle un «Ya verás» lapidario por el cable del auricular antes de cortar la comunicación. Por la tarde, Giuseppe siguió prolongando el suspense todo el tiempo que duró el aperitivo. Sin embargo, era evidente a los ojos de Guibrando que el viejo rebosaba impaciencia. Movía nerviosamente las ruedas de su silla adelante y atrás, picoteaba torpemente puñaditos de pistachos y de cacahuetes, se retorció sin parar en su carrito. No aguantando ya más, Guibrando terminó por plantear la cuestión que le quemaba en los labios desde su llegada:

—Giuseppe, no me habrás hecho venir hasta aquí únicamente para beber un vaso de moscato, ¿no?

—Que sepas que no he parado desde que te fuiste, chaval.

Su mirada chispeaba de malicia. Dio una vuelta sobre sí mismo e invitó a Guibrando a que siguiera las ruedas de su silla de ídem hasta el dormitorio que le hacía también las veces de oficina. Reinaba en el cuarto un alegre desbarajuste. La frágil escribanía había desaparecido bajo varias pilas de documentos. El ordenador y la impresora estaban puestos en el suelo para liberar espacio. La propia cama medicalizada no se había librado del tsunami y se hallaba literalmente forrada de hojas sueltas. Clavado a la altura de la silla de ruedas, un gran mapa de París y de la región parisiense ocupaba buena parte de la pared. Había en él anotaciones manuscritas. Había asimismo varios círculos de rotulador rojo hechos con trazo grueso. En otros sitios se habían tachado otros redondeles idénticos. Ciertos nombres de ciudades estaban subrayados; otros, borrados. Pósits atiborrados de esa letra indescifrable tipo pata de mosca de la que solo Giuseppe tenía el secreto florecían por aquí y por allá, repartidos por las cuatro esquinas de la capital y su extrarradio. El mapa era un rosario de tachaduras, reescrituras y encoladuras. La habitación tenía la apariencia de un Cuartel General militar en tiempo de guerra.

—Pero ¿qué es todo este mogollón, Giuseppe?

—¡Ah, esto! No se puede decir que se haya hecho solo, ¿verdad? Dos días enteros me llevó hacer el inventario y otros tantos clasificar y ajustar los datos. No ha sido fácil pero estoy satisfecho de mí mismo. Lo he acabado esta mañana.

—Pero ¿acabado el qué, Giuseppe?

—Pues a tu Julie. ¿Quieres encontrarla o no quieres encontrarla? Lo he leído todo tres veces para estar seguro de no pasar por alto ningún detalle. Pero los indicios son muy escasos. Avara en detalles, la mocita. En los setenta y dos documentos, ni una sola vez cita su apellido ni la ciudad donde curra. Una verdadera proeza de autor. Pero, bueno, hace falta algo más para desanimar a Giuseppe.

Puso una hoja suelta en las manos de Guibrando y añadió:

—He partido de esto. Sabemos que se llama Julie, que trabaja como chica de los lavabos, que tiene veintiocho años y que una vez al año, en el equinoccio de primavera, la señorita hace recuento de sus azulejos, cuyo número asciende a 14.717. Pero sobre todo me han llamado la atención los indicios número 4, 9 y 11, los más importantes: sus aseos se encuentran en un centro comercial. Ese centro tiene una superficie de cien mil metros cuadrados y se construyó hace al menos treinta años, por el decir de la grieta.

Guibrando contempló incrédulo la corta lista que tenía ante sus ojos. Los indicios número 4, 9 y 11 estaban subrayados en verde. Giuseppe le expuso a continuación la metodología empleada para llegar a la enorme y abigarrada ensalada chincheteada en la pared. Vía internet, había hecho el inventario completo de todos los grandes centros comerciales de París y de la Île-de-France, que constituía una lista de dieciocho centros, principalmente dentro del primer círculo. Enseguida pasó a cribar uno a uno esos centros en función de la fecha de su edificación, con vistas a eliminar los más recientes. Fueron así descartados de la selección Le Millénaire, en Aubervilliers, Val d'Europe, en Marne-la-Vallée, y Carré Sénart, en Lieusaint, víctimas los tres de su juventud. Una segunda pasada por el tamiz, esta vez con el criterio de la extensión de la superficie, redujo la lista finalmente a ocho. Y Giuseppe le citó con orgullo el nombre de los afortunados elegidos, indicándole su emplazamiento en el mapa con ayuda de una regla a la vez que enunciaba su pedigrí: «O'Parinor, en Aulnay, 1974, 90.000 m². Ya lo sé, no son cien mil, pero, en fin, también lo he puesto en la lista. Rosny 2, 1973, 106.000 m². Créteil Soleil, 1974, 124.000 m². Belle Épine, en Thiais, 1971, 140.000 m², quizá un poco grande. Évry 2, 1975, exactamente 100.000 m². Vélizy 2, construido en 1972, 98.000 m². Parly 2, en Chesnay, 1969, 90.000 m². Como el de Aulnay, un poco justo, pero puede valer. Y el último, Les Quatre Temps, en La Défense, 1981, 110.000 m². Todos están bien provistos de aseos públicos, pero en cambio no he podido confirmar la presencia o no de personal a su cargo. Esa información no figura en ninguna parte, ni que fuera tabú».

Guibrando estaba impresionado por la eficacia de su viejo amigo. Examinó los pequeños círculos rojos; si se les unía dibujaban una magnífica elipse que iba de Aulnay al noreste hasta Nanterre al oeste, eludiendo el sur de la capital. Solo Évry

quedaba fuera de esa curva imaginaria y se hallaba aislado en la parte baja del mapa. Cuando Guibrando dejó caer que Julie muy bien podía trabajar en un centro situado en la provincia, Giuseppe se acaloró: «Vamos a ver, ese pendrive no lo has encontrado en el TGV París-Burdeos, ni en el de París-Lyon, sino en el RER, así que me parece que es más que probable que tu Julie no quite las raspas de otros cagaderos que de los de por aquí, digo yo. Y si yo fuera tú, empezaría mis pesquisas por O'Parinor y Rosny 2, que son los más próximos».

Pasaron el resto de la velada delante de un plato italiano elaborado minuciosamente por Giuseppe tal como lo había visto en la tele. Cuando iba a marcharse, Guibrando le prometió a su amigo mantenerlo informado del progreso de sus investigaciones. Regresó a su estudio con la valiosa lista cuidadosamente guardada en el bolsillo de su chaqueta. Y mientras *Rouget VI* sorbía uno tras otro los granitos que flotaban por la superficie de su pecera, Guibrando le citó el nombre de los ocho centros, ocho estaciones de vía crucis en las que depositaba todas sus esperanzas.

Guibrando se pasó los primeros días de la semana recorriendo los centros comerciales. Al acabar el servicio, dejaba tirada la Zerstor, se quitaba el mono de trabajo y salía escopeteado de la fábrica sin apenas tiempo para darse una ducha y llegar hasta el tren, el autobús o el primer RER que pasara, según el objetivo de cada día. El lunes O'Parinor, en Aulnay, el martes Rosny 2, el miércoles Créteil Soleil, y la víspera por la tarde, La Défense. Uno a uno, iban desvaneciéndose como espejismos. Curioso e impaciente, Giuseppe le preguntaba cada noche por el resultado de las investigaciones:

—¿Hoy qué?

—Hoy nada.

Y entonces le explicaba con tono cansado que sí, que había aseos, sí, que había una encargada de los lavabos, pero ninguna que pareciese ni por asomo una joven de veintiocho años. En Aulnay, dio con una vieja arisca, en Rosny, un canijo con bigote, en La Défense, una costamarfileña guasona con su bubú multicolor, y por último le tocó una cría con el cráneo afeitado y cubierta de *piercings*. Giuseppe se mostraba más abatido aún que él.

—No es posible, farfullaba para sí mismo, tiene que estar por ahí, solo puede estar por ahí.

Guibrando le respondía que mañana sería otro día, antes de colgar y echarse sobre su cama.

Esa mañana, el anciano-con-zapatillas-y-pijama-bajo-su-impermeable recibió calurosamente a Guibrando. *Balthus* había vuelto. Un *Balthus* que se empeñaba en intentar humedecer la base de su plátano preferido. «Tenía usted razón —le dijo el buen hombre, eufórico, dándole golpecitos en el hombro cuando estuvo a su altura—. Han hecho que mi *Balthus* recobre sus fuerzas. Mírelo, está en plena forma.» Guibrando, echándole una ojeada circunspecta al chucho, opinó que creía que las patas traseras seguían todavía un poco hundidas con respecto a las delanteras. Así actúa la muerte, pensó, a veces le basta con poner una banderilla y seguir luego con otras ocupaciones. Estaba seguro de que la muy cabrona no tardaría en rematar lo que había empezado. Pero Guibrando no dijo eso, sino que consideró el acontecimiento como un buen augurio para el resto de la jornada. Además, esa mañana, en el vagón, la lectura de los textos de Julie reavivó su fe.

«45.doc

»Sé que no es para estar orgullosa pero ya está hecho: hoy le he jodido al gordo de las diez. Y cuando digo jodido quiero decir jodido pero bien jodido. Solo tuve que poner al corriente de mi plan a mi colega Josy, quien se apresuró a aceptar ser mi

cómplice. La verdad es que a Josy no le pedía gran cosa, solo que me concediera un cuartito de hora de su tiempo. Estoy convencida de que, con tal de derribar de su pedestal a un grosero de esa calaña, mi enjabonadora preferida se habría cogido un día entero de permiso para mí. La idea me vino del tialogismo n.º 3: En los lavabos, el poder pertenece siempre a quien posee el papel. Técnicamente, la trampa ha sido más bien fácil. Me ha bastado con abrir el dispensador de papel, quitar el rulo que había, pegar con celo una sola porción de papel higiénico, señal aparente de la presencia de un rollo. La clásica novatada. Este es el lado práctico en el que Josy entra en juego, ya que tenía que estar segura de que quien cayera en la trampa fuera el gordo de las diez y no un pobre inocente de paso. Para ello bastó con que Josy se metiera en la cabina favorita del caballero y esperase, móvil en mano, a que yo le enviara un SMS advirtiéndola de la llegada del aborrecible. A las diez en punto, su paso plomizo resonaba por la escalera. Terno beis claro, corbata verde sobre camisa marrón. Hice una pérdida a Josiane, que salió con la cabeza baja después de cerciorarse de tirar de la cadena, para darle más realismo. Creo que el señor Doble-de-Grasa, tan ocupado como estaba preparándose para la deposición de su infame melocotón matutino, ni siquiera se dio cuenta de que quien salía del lavabo de caballeros era una mujer. Josy vino hasta donde yo estaba para seguir a mi lado el resto de las operaciones. Les ahorro los detalles, pero en cuanto escuchamos los ruidos provenientes de la 8, se podría decir que el hombre se fue por la pata abajo como nunca. El silencio que vino a continuación fue de lo más regocijante. Me pareció oír el ligero crujido de la porción de papel cuando se separó del celo al que estaba pegada. No habían pasado ni dos minutos cuando el gordo de las diez salió. Iba con la cara colorada, la camisa casi por fuera del pantalón y la chaqueta más deslucida que una lechuga de dos semanas. Atravesó mis dominios con el mismo paso lento de un pingüino que cruzara un banco de hielo. Y por primera vez, pude herrar su mirada. Era la mirada de alguien en plena conmoción, alguien que acababa de ver su amor propio manchado de su propia mierda. Le corté el paso con un “Para servirle, gracias” indicándole el platillo con la cabeza. El gordo de las diez no puso nada. Ya no estaba en disposición de poner nada en ningún sitio. Pero el espectáculo que pudimos ver Josy y yo mientras él emprendía la ascensión de mi escalera con sus pasitos crispados de cagón quedará para siempre como una de las más bellas propinas que he tenido el gusto de recibir.»

Al principio sorprendido, Guibrando recibió con una sonrisa los aplausos que prorrumpieron en el vagón. La venganza de la joven había encantado al auditorio. Tuvo que refrenar sus impulsos para borrar de su mente la imagen de un Kowalski colorado de vergüenza, antes de concentrarse en el extracto siguiente:

«70.doc

»*Speed dating*. Dos palabras que parecen inofensivas pero que a mí me dan

miedo. Josy lo sabe, y erre que erre a la carga durante muchas mañanas a la hora del café con cruasán para que yo acepte por fin inscribirme con ella en una de esas citas de amor, como las llama. Solo para solteros exigentes, a razón de veinte euros la entrada como media, incluyendo una consumición, decía el prospecto publicitario. No sé qué ha sido lo que me ha empujado a aceptar. Tal vez el entusiasmo indefectible de Josy. ¿O será ese poso de chica que sigue esperando a su príncipe azul y que, de tarde en tarde, tira una moneda en la fuente? «¿Qué arriesgas? —me dice ella—. ¿Caer con un gilipollas que solo va allí a echar un polvo, como quien hace la compra? Si pasa eso, ya eres lo bastante inteligente como para darte cuenta y mandarlo a que continúe con sus pajillas de pobre *cowboy* solitario.» Cuando Josy se expresa, posee el don de la claridad. Lo que me molesta de ese nombre, *Speed dating*, es sobre todo la palabra *speed*. Suena a polvo rápido. No me agrada ese aspecto de coneja que sale de la madriguera para excitar al macho. Por supuesto, con nuestros pedigrís, a Josy y a mí enseguida nos solicitarían. Solteras, jóvenes, no demasiado feas si nos basamos en los criterios de belleza actuales que privilegian la generosidad de formas antes que esas siluetas enflaquecidas, alabadas durante años en cuerpos de maniqués anoréxicas. Bueno, en cuanto al curro, habría de engañar un poco, obviamente. No voy a llevar puesto en la cara: de profesión, chica de los lavabos. Correría el riesgo de atraer a todos los chalados del planeta y de repeler al resto. Ayudante de auxiliar de laboratorio. Una vez más fue Josy quien tuvo la idea. «Una ayudante de auxiliar de laboratorio también limpia baldosas de la mañana a la noche —me aseguró—. Exactamente como tú, cagaderos y fregaderos, pero a la llegada, lo cual tampoco es una gran diferencia.» En el *Speed dating* se tiene derecho a siete citas de siete minutos cada una. Y hay reglas. Por ejemplo, no se pueden intercambiar datos personales (no hay riesgo de que ocurra conmigo). Después de cada cita de siete minutos, hay que escribir una valoración confidencial del cara a cara y decir si se desea volver a ver a la persona en cuestión o no.

»Josy me recogió directamente a la salida del centro comercial. La ceremonia, no se me ocurre llamarla de otro modo, estaba prevista a las 20.30. No me daba mucho margen para ir a mi casa, así que me cambié allí mismo. No acertaba con el maquillaje y tuve que repetirlo varias veces. Una porque había demasiada sombra de ojos y poco carmín. Otra porque me había pasado con el *gloss* pero me quedé corta con el rímel. Cada vez, me encontraba delante de ese adefesio maquillado como un putón que me contemplaba contrariado al otro lado del espejo. Conclusión: acabé por quitármelo todo con cuatro pasadas de leche desmaquilladora y me conformé con una ráfaga de Lolita Lempicka por la curva del cuello. En cuanto a la ropa, decidí que mis Lee Cooper, el par de zapatos planos y la blusa blanca que compré como una ganga en las últimas rebajas serían suficientes. Como toque final, un pañuelo de seda informalmente puesto sobre la nuca, se supone que para darle al personaje un cierto aire distendido que yo no tenía en absoluto, ni mucho menos. La última vez que había sentido un nerviosismo semejante se remontaba al bachillerato, cuando mi examen

oral de francés. Josy, por su parte, sacó toda la artillería. Vestido ajustado, extensiones en el pelo, tacones altos y Chanel N.º5. Una cenicienta sexi y moderna. En la entrada comprobaron nuestra identidad y nos dieron un ticket con derecho a la consumición. Josy y yo nos deseamos buena suerte. “Tengamos fe”, me dijo cruzando los dedos. Personalmente, yo solo tenía ganas de una cosa, que era salir por patas y volver a mi casa y meterme en la piltra con un buen libro. Pero, en vez de eso, hice lo que hacían las demás chicas, me senté a la primera mesa libre que encontré y pedí una Perrier a la menta. El primer tipo que vino a sentarse frente a mí me dijo que era profe de no me acuerdo qué. No paró de hablar de sí mismo sin dejar que le hiciera la menor pregunta en ningún momento. Cuando la campanilla sonó siete minutos más tarde, yo ni siquiera había podido hacer un intento de presentación. Las únicas dos palabras que había logrado pronunciar fueron *hola* y *adiós*. Había tenido un ombligo delante de mí durante siete minutos. Un segundo tipo se sentó en la silla aún caliente. Luego un tercero. Cada siete minutos, el tintineo de la campanilla resonaba en el bar, como una cuchilla que cae. El siguiente. Eso me hizo pensar en una violación en grupo pero educada. Buenas tardes, señora, adiós, señora, gracias, señora. Una especie de baile de la escoba en el que hay que cambiar de pareja cada vez que el tonto que tiene el mango golpea el suelo con él. Aunque fueron siete los tíos con los que tuve un encuentro, puedo decir que me quedé con hambre, y eso que no había ido allí especialmente hambrienta. Ninguno me pareció lo suficientemente atractivo como para poder pretender que me llevara a lomos de su corcel blanco. Cuando funcionaba lo físico, lo mental cojeaba, y viceversa. Los había que estaban muy bien, como ese joven cultivado e interesante que había viajado mucho, pero tenía una fea y peluda verruga adornando su mentón, lo que te hacía olvidar el resto. Durante los siete minutos que duró el encuentro, no podía ver otra cosa que la pequeña excrescencia cutánea de la que despuntaban unos horribles pelos negros y duros. En la ficha me limité a escribir “verruga excesiva”, antes de pasar al siguiente. Estaba ese otro individuo, el tercero, me parece, nada feo, muy alto, pero su ceceo le daba a la conversación un cariz patéticamente cómico, una conversación en la que cada ese se transformaba en un verdadero suplicio para el pobre desgraciado. El colmo fue cuando me enunció su profesión. No pude contener la carcajada que hasta entonces había logrado reprimir, lo que puso un término prematuro a nuestra entrevista. Con la cabeza inmersa en mi Perrier a la menta, aproveché el par de minutos que quedaba de margen antes de que tintinease la campanilla para reponerme de mis emociones. Pero, mierda, cuando uno tiene un ceceo de caballo ¿no dice “*aziztente zozial*”? El quinto que me tocó se llamaba Adrien y era tan cortado que pensé que debía de ser autista. Al contrario que el primero, que no me había dado ocasión de abrir la boca, este se había quedado más callado que un muerto durante los cuatrocientos veinte segundos que duró el encuentro. Cuatrocientos veinte segundos durante los cuales se retorció sobre su silla triturándose las manos como para impedir que salieran volando. Cuando yo le hacía una pregunta, se ponía tan rojo como un estreñido en pleno esfuerzo. Los

estreñidos a mí siempre me han hecho sentirme a disgusto. En el curro voy sobrada. Como siempre dice mi tita: Se puede esperar todo de los estreñidos, incluso nada. Y luego añade, en general: Son a los lavabos lo que los mudos a la canción, y viceversa. El cuarto y el sexto salían del mismo molde. BCBG^[10], caretos de primeros de la clase y maneras de ejecutivos dinámicos, de esos que se afeitan y se cambian de camisa dos veces al día. El último tenía una polla en lugar de cerebro. Su única gran preocupación era, por lo visto, saber si yo era vaginal o clitoriana. Yo le dije que, por el lado astrológico, era piscis con ascendente acuario, pero que, por el lado del culo, aún no había tomado una decisión. Traté de que esa cabeza de glande comprendiera que, el día en que lo decidiese, no sería precisamente a él a quien llamaría para decirle de qué lado me llegaba el orgasmo. Así que, al final de la sesión, me encontré con un vaso vacío y siete anotaciones que conformaban un palacio de los horrores. 1: Ombligo del mundo. 2: Verruga excesiva. 3: Ceceo. 4: Ejecutivo. 5: Estreñido crónico. 6: Superejecutivo. 7: Obseso sexual. Tuve que regresar en un taxi, ya que a Josy aún le quedaba mucho para terminar. Para ser la primera vez, ya tenía cinco peticiones positivas. Cinco de siete. Por mi parte, dos pretendientes querían proseguir con la experiencia. El verruga y el superejecutivo. Me largué sin darles una respuesta. El último Stephen King me esperaba encima de mi mesilla».

Guibrando recordó divertido la primera vez que había leído el documento número 70. Los diez minutos de lectura le habían supuesto un suplicio. Una auténtica sesión de ruleta rusa, todo el tiempo con la angustia de aguardar a que el príncipe azul que esperaba Julie surgiera de uno de los siete disparos de ese imaginario tambor para darle de lleno en el corazón. Cuando terminó aquella lectura, respiró aliviado.

Con la cabeza sobre la almohada, Guibrando miraba a *Rouget* dar vueltas en su pecera. ¿Qué quimera estaría persiguiendo para avanzar de ese modo sin nunca cansarse? ¿Quizá se perseguía a sí mismo sin saberlo, con la cabeza metida en la estela que generaba su propio nado? Desde hacía algunos días, Guibrando tenía miedo de perseguir él mismo también una ilusión. El día anterior por la tarde, la visita a Belle Épine, en Thiais, no le había aportado nada. Una semana de búsquedas infructuosas, corriendo detrás de un fantasma. Solo creía en la realidad de Julie por sus escritos, como *Rouget* creía en la presencia de un intruso en su pecera tan solo por la existencia de esa estela en pos de la cual nadaba todo el día.

Guibrando se había citado con Yvon en la parte alta de la alameda donde solía esperarlo el taxi. Como de costumbre, el guardián llevaba un traje impecable y había extremado su coquetería hasta el punto de prenderse un clavel blanco en el ojal de la chaqueta. Ambos se metieron en el taxi enviado diez minutos antes.

*Circulad, conductor, llevadnos a buen lugar.
Conducid con mano experta y rauda el cabriolé.
Eludid piedras, baches, sed atento, vivaz,
pero por favor, avanzad, que nos va el parné.*

El chófer echó una mirada inquieto y desconfiado por el retrovisor antes de arrancar. La arruga que había fijado la estupefacción en su frente se mantuvo durante tres semáforos antes de desaparecer del todo.

Con su bigote trazado a tiralíneas, su porte de cabeza majestuosa y su ropa cuidada, Yvon causó de inmediato una fuerte impresión en el género femenino de la residencia. Hasta Josette, después de haber depositado su sobrante de carmín rojo en las mejillas de Guibrando, no pudo aguantar por mucho tiempo las ganas de sumarse al círculo en torno al recién llegado. Cuando Yvon tomó la palabra entre dos besamanos, el tono grave de su voz acabó por encantar definitivamente a las damas más reticentes:

*Nunca una bella morada en lejanos parajes
me había causado tanto honor al invitarme.*

—¡Oh!, señor Grinder, nos halaga usted —jadeó Josette Delacôte sofocándose de felicidad.

Bienvenido al club de los deformados de patronímico, pensó Guibrando. Mientras

que el hombre alto avanzaba con paso majestuoso hacia el vestíbulo, rodeado de esa corte ya totalmente ganada para su causa, el joven seguía la procesión con una sonrisa en los labios, relegándose al papel de lacayo que en adelante parecía habersele atribuido. La voz retumbó en el vestíbulo, causando un ligero estremecimiento a los dos ramilletes marchitos ubicados a cada lado de la entrada:

*Dios, gran vestíbulo poseéis, impresionante.
No concibo entrada más cercana al firmamento.
Que reconozcan la fortuna sus ocupantes
por tener en este lugar su baile postrero.*

Guibrando temió por un instante que esta intrusión bulliciosa en medio de la niebla que flotaba perpetuamente dentro de la cabeza de los internos desencadenase algún tipo de accidente vascular en el cerebro o un infarto de miocardio. Aunque nadie tuvo la ocurrencia de contradecir a Yvon, el joven no estaba del todo convencido de que aquellos pobres diablos, a quienes se les iba la pinza sentados en sus pañales, fuesen capaces de reconocer lo afortunados que eran por tener su baile postrero en ese lugar. Después de un recorrido por los pisos, en el que algunas pensionistas, más audaces que otras, insistieron en que el recién llegado visitara sus dormitorios, Yvon comentó su visita con dos versos sucintos:

*Algunos pensionistas son como apartamentos,
aunque míseros, siempre felices y contentos.*

Si bien la rima le obligaba en ocasiones a determinados excesos lingüísticos que no siempre reflejaban la realidad de las cosas, Guibrando debió reconocer que la valoración que hizo del estado del inmueble y de sus ocupantes sonó absolutamente justa. Monique consideró un honor presentar a Yvon a la asamblea, bautizándolo la primera vez como Yvan Gerber, luego como Johan Gruber antes de ataviarlo con un Vernon Pinder con el que pareció adoptarlo finalmente. El pobre Yvon perdió un poco de su soberbia al ver cómo la Delacôte *sister* maltrataba su patronímico. Guibrando subió al estrado para leer un fragmento de Julie. Enseguida, desde las primeras frases, al joven le pareció que la atención no era la misma que otras veces. Ciertamente la concurrencia era silenciosa, salvo por las toses, arrastramientos de sillas y golpecitos de bastón habituales, pero en realidad estaba distraída ante la expectativa de la intervención de Yvon. Guibrando no insistió. Acabada la primera parte, era el turno del cabeza de cartel. El rey del alejandrino apartó con un gesto teatral el sillón que Guibrando le ofrecía, recordándole de paso una de las reglas fundamentales de la buena declamación:

*Por mucha labia que tengas, el único arcano
es dejar pasar el aire sin hablar sentado.*

Entonces, sin texto y sin otra red que esa memoria fantástica que poseía, Yvon Grimbert alias Vernon Pinder desgranó en los oídos de la boquiabierta concurrencia una primera ráfaga. Monólogo de Fedra declarando su amor a Hipólito, acto II, escena 5:

*Sí, príncipe, languidezco, sufro por Teseo.
Lo amo, pero no como lo han visto los infiernos,
voluble adorador de tan variados objetos,
un dios de los muertos que deshonorará mi lecho...*

Los monólogos se encadenaron, el hombre pasaba con virtuosismo de un Don Diego vituperante a una Andrómaca desesperada, luego de un Británico apasionado a una Ifigenia patriota. Sin dejar ni un solo instante de mirar al guardián, Monique preguntó a Guibrando cuál era su profesión.

—Alexandrófilo —respondió el joven sin pensárselo.

—Alexandrófilo —repitió lentamente para sí la vieja señora, cuyos ojos brillaban de admiración.

Guibrando se escabulló antes de que acabara la sesión, dejando a su amigo al cuidado de las hermanas Delacôte, quienes le habían invitado a comer con ellos. A modo de aceptación, el artista les regaló emocionado dos alejandrinos de su propia cosecha:

*Nunca la fortuna me regaló la asistencia
de unir mi pitanza con tan bella concurrencia.*

Menos de diez minutos más tarde, el joven saltaba del taxi para precipitarse en la estación. Évry 2, con sus cien mil metros cuadrados y sus aseos públicos, lo esperaba.

Había poca gente en el Transilien^[11] a esas horas tempranas de sábado por la tarde. Mecido por el tren, Guibrando se pasó todo el trayecto pensando en Julie. ¿Qué le diría si finalmente la encontraba? «Buenos días, verá..., esto, me llamo Guibrando Viñol, tengo treinta y seis años y deseaba dar con usted.» No podía permitirse el lujo de malgastar en penosos tartamudeos la única ocasión que quizá tendría de conocer a la joven. Había otra solución, que consistía en escribir algunas frases encendidas en su libro de oro. Eso podía funcionar, pero se arriesgaba también a que la lectura de su declaración se viese acorralada entre un «¡El papel de aquí es muy áspero!» y un «WC limpio, sí, pero los pulsadores de las cisternas están ya muy desgastados». La llegada al andén sacó a Guibrando de sus ensoñaciones.

El joven se subió el cuello al salir de la estación. El aire era frío a pesar del sol radiante y generoso que lucía en el cielo. La estructura metálica de la torre, en la que iba y venía el gran globo cautivo con las siglas del centro comercial, se alzaba por encima de los tejados y lo llamaba, como un faro puesto sobre la ciudad. Évry 2 estaba a menos de cinco minutos andando. En cuanto franqueó las puertas correderas, el joven abandonó el caminar veloz que había mantenido hasta entonces. Ahora lo que deseaba era prolongar el instante, aplazar la hora de la confrontación con esa realidad frente a la que probablemente fracasarían una vez más todas sus esperanzas. Subió por el gran pasillo central andando con indolencia, sin reparar en la muchedumbre que hormigueaba a su alrededor. Imaginaba a Julie pisando ese mismo pasillo central cada mañana, muy temprano, sola, sin otros pasos que resonasen en medio de la inmensa catedral vacía. En esos pensamientos estaba cuando, más allá del murmullo sostenido de la multitud y de la música ambiental que manaba de los altavoces pegados al techo, creyó oír unos ruidos de cascada. A dos pasos de allí, una majestuosa fuente expelía copiosos y continuos chorros de agua por la boca de cuatro siluros de mármol juntados en el centro. La voz de la razón vino enseguida a atemperar la euforia que le invadía, recordándole que en todo centro comercial que se respetase había siempre una fuente, como también había un carrusel para los niños, un barquillero y una enorme escalera mecánica. Le cerró el pico a esa gran Aguafiestas y dio rienda suelta a su corazón. La fuente estaba en la intersección de tres amplios pasillos, tal como lo había descrito Julie. ¿Derecha o izquierda? Una mujer acompañada de una chiquilla fue correteando hacia la derecha y le suplicaba a la niña que se aguantara, que ya casi habían llegado. Guibrando las siguió. De paso, arrojó en el agua de inusitada limpieza una hermosa y contundente moneda de dos euros, a fin de conjurar la mala suerte. A menos de treinta metros de allí, el pictograma característico que indicaba la presencia de unos aseos brillaba con todo su

esplendor. Pero Aguafiestas irrumpió de nuevo para tratar de refrenar su entusiasmo. Sí, lo sabía. Eso indicaba únicamente el emplazamiento de los lavabos y no había un letrero luminoso que pusiera: «Bienvenidos a Julie, encargada de sanitarios». Sin embargo, eso no impedía que, por ahora, todo coincidiese exactamente con sus textos. Una escalera de quince peldaños que descendía hacia el sótano. El lugar embaldosado de arriba abajo. 14.717, apostó Guibrando cruzando los dedos. A la derecha de la entrada estaba la mesa de camping. La cubrían algunas revistas a medio hojear. Algo de calderilla yacía en el platillo de porcelana destinado a tal efecto. La silla junto a la mesa estaba vacía. Un chaleco colgaba de su respaldo. Ella se le apareció cuando él se dirigía a la zona de caballeros. Salía de una de las cabinas llevando en sus manos enguantadas de rosa una bayeta y una escobilla. Pudo observarla con calma mientras ella se dirigía con paso decidido hacia el cuartito donde guardaba el material. Más bien pequeña, ligeramente llenita, tenía una cara que, de joven, no había debido de dejar indiferentes a los hombres. El cabello era de un bello gris ceniciento y lo llevaba estirado hacia atrás, recogido en un moño. Guibrando miró por última vez a esa mujer contra la que acababan de estrellarse sus ilusiones. Luego se metió en la cabina n.º 8 y, arrellanado sobre la taza que había acogido las posaderas del gordo de las diez, tal como habría jurado antes hasta ese preciso momento, hundió la cabeza entre sus manos. Esta vez se lo había creído de verdad. Pero si lloraba, era de pesar.

«Orinar no es un juego. ¿Cuántas veces habrá que repetírselo a esos mocosos?» La frase había restallado secamente contra la pared azulejada. Orinar no es un juego, tialogismo n.º 5, el preferido de Julie. Una segunda voz, mucho más dulce, repitió la frase en eco. Incluso interferida por todos esos ruidos de cisternas, grifos y secamanos que la rodeaban, Guibrando pensó que era la más bella voz que jamás le había sido dado oír.

«Orinar no es un juego y viceversa. Perdona por haberme retrasado un poco, tía, pero ya sabes cómo es Josy cuando me corta el pelo. Media hora para cortar, una hora para charlar.»

Guibrando salió de la cabina y se demoró en el lavabo. Abertura del grifo, chorrito de jabón en la palma, frotamiento de manos, formación de espuma. Parecía que su cuerpo había dejado de pertenecerle. El espejo le devolvió la imagen de un ser alucinado. No se atrevía a volver la cabeza hacia la forma que se perfilaba a su derecha, en el límite de su campo visual. Después de haber llenado la pila del lavabo con una montaña de espuma, se escurrió brevemente las manos, hizo una profunda inspiración y se dirigió a la salida. Julie había regresado a su sitio en la silla y, con la cabeza un poco inclinada hacia abajo, emborronaba una página del cuaderno con su letra redonda. Guibrando, sin desviar su mirada al frente, apenas si llegó a percibir el caballete bien proporcionado de la nariz, el discreto contorno de los pómulos y, más

abajo, el abultamiento ligeramente carnosos de los labios. La cortinilla de pestañas no le desveló nada de sus ojos. Con su mano libre, una mano de dedos cortos pero finos, se acarició su nuca despejada. Sus cabellos tenían el color de la miel, de esas mieles de montaña oscuras y tornasoladas a la vez. Por un brevísimo instante, ella levantó la cabeza, aunque solo el tiempo de perder su mirada en la pared de enfrente chupeteando el capuchón del boli antes de continuar escribiendo. El «Gracias de todos modos» irónico que ella le lanzó por detrás cuando se iba de allí le atravesó el corazón. La única moneda que poseía cuando llegó al centro comercial llevaba diez minutos yaciendo en el estanque redondo de la fuente bajo cincuenta centímetros de agua. En su cabeza no había ahora espacio para nada más que para esta revelación: Julie no era bella, era sublime.

Fuera, los altavoces anunciaban con machaconas cuñas publicitarias la llegada de la primavera. El martes de esa semana era el martes 20 de marzo. Guibrando sonrió. Supo enseguida lo que tenía que hacer.

Cuando ha llegado el mensajero, primero he creído que se trataba de un error. O el tipo se había equivocado de entrada o había tomado un desvío por mis lavabos para aliviar unas acuciantes ganas que no podía aguantar para más tarde. Pero cuando el muchacho se me ha puesto delante y, sin dejar de masticar su chicle, me ha preguntado si yo era Julie, no he tenido más alternativa que titubearle un sí receloso. Dos segundos más tarde me encontraba con esa locura en los brazos. No daba crédito a lo que veían mis ojos. ¡Un ramo de flores, aquí, para mí! ¡Y qué ramo! Una avalancha de flores frescas que cubría casi toda la superficie de la mesa, una de esas enormes composiciones con los tallos inmersos en una gran bolsa de agua translúcida. Enseguida he llamado a Josy, quien ha plantado a su clienta en medio de una sesión de tinte el tiempo justo de un ir y venir para admirar la cosa. En cuanto ha visto el armatoste ha exclamado que un individuo capaz de regalar un chisme como ese no podía ser más que dos cosas: o es el más cabrón o es el más extraordinario de los tíos que pueda haber sobre la Tierra. Te ha tocado la tragaperras, tía, me ha dicho a continuación, con los ojos llenos de envidia, antes de ir a terminar de teñir a su clienta y después de hacerme prometer que se lo contaré todo. Nunca me había pasado una cosa así, un gesto tan increíble en un lugar tan inapropiado, y tampoco le había ocurrido a mi tía, en cuarenta años de carrera. Salvo la vez en que, tal como ella me confesó después, un caballero le dejó una rosa el día de San Valentín porque su amiguita acababa de plantarlo y no sabía qué hacer con ese tallo espinoso que lo agobiaba. Grapado aún al celofán que envolvía las flores, había un voluminoso sobre acolchado con la inscripción «Para Julie» escrita con bolígrafo negro. Mis manos temblaban un poco cuando lo abrí. El azulejo que contenía se parecía curiosamente a los míos. Mismas dimensiones, mismo tono ligeramente lechoso. Le he dado vueltas y revueltas a esa cosa cuadrada, en todos los sentidos, sin comprender nada, hasta que he leído la carta manuscrita que la acompañaba:

Señorita,

No soy lo que se podría propiamente llamar un príncipe azul. Entre paréntesis, creo que los príncipes azules siempre son tendentes a hacer alarde de un cierto aire de autosatisfacción que me es molesto y que no me los pinta especialmente simpáticos. Así como no soy un príncipe azul, tampoco tengo un corcel blanco. También a mí se me ocurre a veces arrojar monedas en las fuentes cuando se presenta la ocasión. No tengo feas verrugas en el mentón ni ceceo alguno, pero poseo un nombre gilipollesco que por sí solo vale por todas las verrugas y todos los ceceos del mundo. Amo los libros, aunque me paso la mayor parte del tiempo destruyéndolos. Mi único bien es un pez rojo que se llama *Rouget de Lisle*, y como amigos tengo a un tullido que se pasa la vida buscando sus piernas y a un versificador que solo sabe hablar en alejandrinos. He de añadir, en fin, que hace poco tiempo descubrí que existía en este planeta un ser con el poder de hacer que los colores fuesen más vivos, las cosas menos serias, el invierno menos duro, lo insoportable más soportable, lo bello más bello, lo feo menos feo, en definitiva, de hacerme la existencia más hermosa. Esa persona es usted, Julie. Así que, aunque yo no soy nada partidario del *Speed dating*, le pido, no, le suplico que acepte dedicarme ocho minutos de su vida (creo que siete no es un bonito número, especialmente para una cita).

Ahora debo declararme culpable. Culpable de haber entrado en su existencia por la intermediación de este pendrive que hallé en el RER hace unas tres semanas. Sepa que si me metí de esta manera en su vida, al principio no fue con otra intención que dar con usted para devolverle el pendrive y los textos que contiene, aunque esta intención poco a poco fue transformándose en un profundo deseo de conocerla. También, para hacerme perdonar, permítame ofrecerle este azulejo de repuesto para que lo añada a su inventario de mañana. Porque, aunque podamos pensarlo, nada es inamovible en la vida. Incluso un número tan feo como el 14.717 puede un buen día convertirse en una hermosa cifra, embellecida si se le ayuda un poco. Querría acabar con una frase hecha que, lo reconozco, podría parecer un tanto ampulosa, pero es que temo no volver a tener jamás la ocasión ni las ganas de escribírsela a nadie más que no sea a usted: Mi destino está en sus manos.

Estaba firmado como Guibrando Viñol y, debajo, un simple número de teléfono. Quizá este tío fuese un tarado, pero me había causado una rara impresión. Agité el sobre y el pendrive cayó sobre la mesa. Era el granate. Lo había estado buscando por todas partes durante tres semanas, desde el día en que tomé el RER para volver de casa de Josy. Releí una vez más la carta, y luego otra más. Creo que me pasé el día entero releyendo esa puñetera carta. Volvía a ella cada dos por tres, sumergiéndome en ella a la menor ocasión, entre dos golpes de escobilla o dos chorros de lejía. Saboreaba cada palabra, trataba de imaginar una cara, una voz en ese individuo de nombre gilipollesco, como él mismo dice. Hoy, extrañamente, las monedas han tintineado de modo diferente en la porcelana de mi platillo, las horas han transcurrido más rápidas, la luz de los neones era más cálida, la gente me ha parecido incluso más simpática que de costumbre. Por la noche, bien calentita bajo mi edredón, he vuelto a leerla de cabo a rabo hasta recitar de memoria cada frase. Antes de dormirme ya sabía que iba a llamar a Guibrando Viñol. Creo incluso que tomé la decisión cuando leí la carta por segunda vez. Llamarlo para decirle que no serán ocho lamentables minutos los que le concederé, sino tres horas, el tiempo que suelo tardar en dormirme. Tres horas para que él me cuente, para que los dos nos contemos y vayamos, quizá, allí donde las palabras todavía no han ido jamás.

Esta mañana, día del equinoccio de primavera, he contado mis baldosas canturreando. Dentro del bolsillo de mi bata, el azulejo de Guibrando Viñol golpeaba gratamente contra mi cadera. En el momento de la suma, lo he puesto delicadamente sobre la mesa y lo he añadido al final de la hoja antes de calcular el total. Aunque ya me lo esperaba, he sentido un vuelco dentro de mí al ver el resultado. Entonces he cogido el teléfono. Sin duda, el 14.718 es un bonito número para comenzar una historia.

Notas

[1] El nombre del protagonista es Guylain Vignolles. Se ha traducido como Guibrando Viñol para mantener un juego de palabras similar al que se alude en el texto. (*N. del t.*) <<

[2] Siglas de Réseau Express Régional, tren de los suburbios de París equivalente a los Cercanías españoles. (*N. del t.*) <<

[3] A diferencia del verso alejandrino español, de catorce sílabas o pies, el alejandrino francés es de doce. (*N. del t.*) <<

[4] Se refiere a tres gramos de alcohol en sangre. (N. del t.) <<

[5] El *vin cuit* es un vino provenzal casero, hecho a base de mosto caliente y especias.
(N. del t.) <<

[6] *Caras rotas*, expresión utilizada para referirse a los heridos veteranos de la Primera Guerra Mundial. (N. del t.) <<

[7] Revista del corazón. (*N. del t.*) <<

[8] Importante premio literario francés. (*N. del t.*) <<

[9] Último año de la escuela primaria, a los once años. (*N. del t.*) <<

[10] Siglas de «*Bon chic bon genre*», como se define a los yuppies. (N. del t.) <<

[11] Así se conoce a la red de trenes suburbanos de la Île de France. (*N. del t.*) <<